

AUT

XIX

90

13 cmf

R.43.531

BIBLIOTECA SEVILLANA.

EL MARQUÉS

DE

SEARVILLE

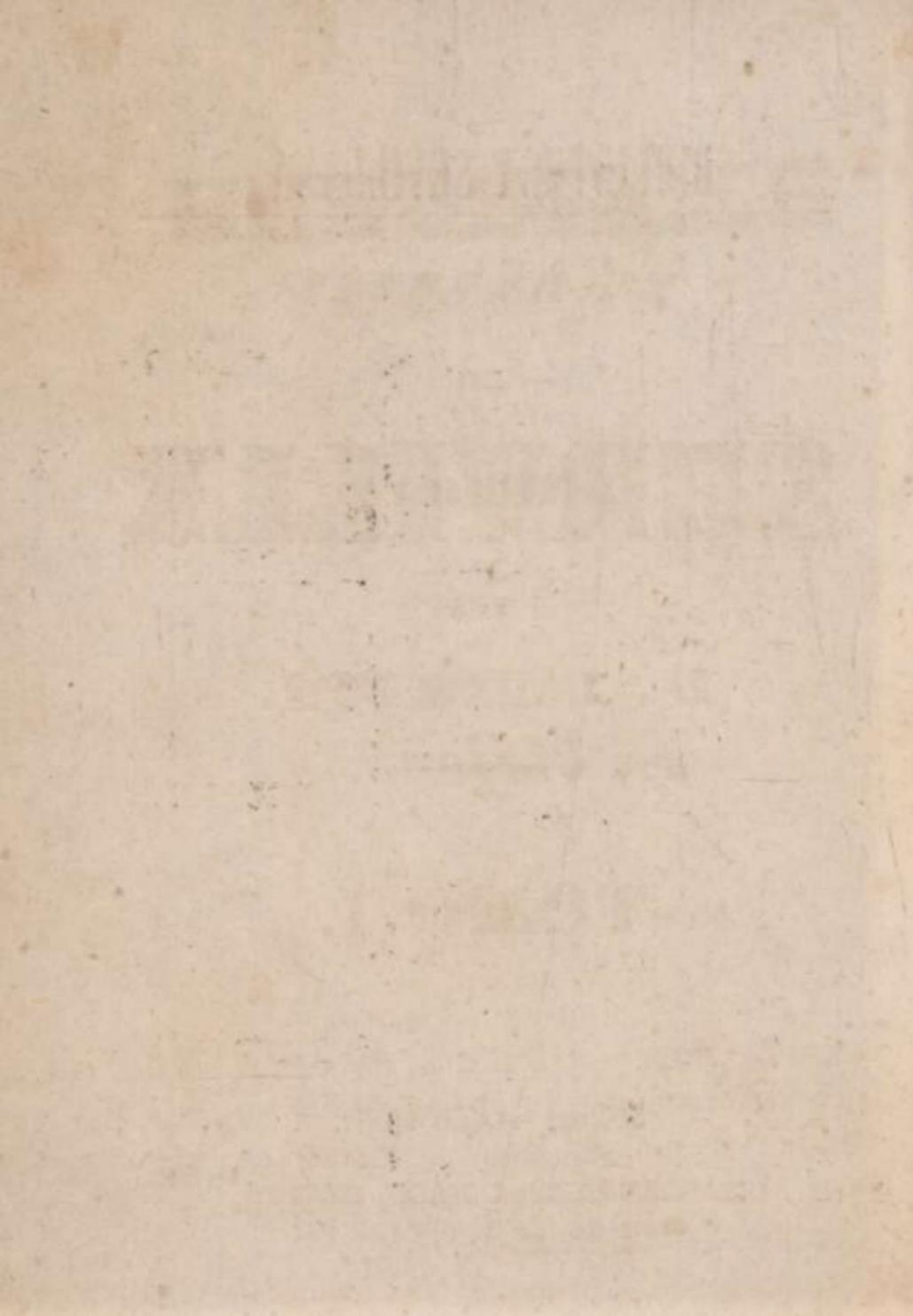
POR

EUGENIO SUÁ.

TOMO I.

SEVILLA — Año 1847.

IMPRESA DE GOMEZ, EDITOR,
• calle de las Serpes n. 13.





CAPITULO I.

El viajero.

Hacia fines de febrero de 1810, en una hermosa mañana de invierno, un coche de camino entró en el patio de una bonita casa situada en la calle de Chantereine.

Un anciano, como de sesenta años de edad, se presentó en el vestibulo. Este hombre era alto, seco y vigoroso á pesar de sus años; llevaba una casaca negra á la francesa, cabellos empolvados, coleta y una especie de bolsita á que antiguamente se daba el nombre de sapo.

Este personaje se llamaba Mr. Dauphin, y era ayuda de cámara, ó mas bien confidente del coronel Raul de Blansac, marqués de Surville.

Habiendo perecido casi toda la familia de Surville en la época de la revolucion, este fiel servidor se habia retirado en aquellos tiempos calamitosos á lo interior de la Turena con el marqués, todavia muy niño, á quien crió y educó hasta la edad de quince años. Entonces recogió al jóven marqués la mariscala princesa de Montlaur, parienta de su familia, y le tuvo consigo hasta el momento en que se alistó como voluntario en un re-

gimimiento de caballería.

Después el anciano Dauphin siguió constantemente á su amo en todas sus campañas, conservando una gravedad habitual y una calma imperturbable en medio de los peligros á que su afecto, á Raul le condujo con frecuencia.

Abrióse la portezuela del coche de camino, y salió de él un hombre embozado en una capa forrada de pieles, y con la cara medio oculta entre un gorro de marta y una inmensa corbata.

—Qué tal lumbre hay en casa del coronel anciano Dauphin? dijo el embozado, adelantándose rápidamente hacia el vestíbulo.

Dauphin hizo un movimiento bastante brusco para impedir el paso al viajero, y le dijo: no tengo el honor de conoceros, caballero.

—Como! Mr. Dauphin; no conocéis al mejor amigo de vuestro amo? es-

clamó el desconocido subiéndose un poco el gorro y mostrando una frente bastante corta, un monte de cabellos negros, crespos, y que empezaban á blanquear hácia las sienes; dos ojos de color verde-mar y una nariz en extremo pequeña.

—Mr. Anacarsis Boisseau! gritó Dauphin: ah! os pido mil perdones.

Y pasó rápidamente delante del recién venido, á quien introdujo en una sala del piso bajo, amueblada á la griega, conforme al gusto de la época.

Cuando Anacarsis Boisseau se quitó su capa para acercarse á un excelente fuego, apareció vestido con un frac verde, un pantalon gris de punto, y botas á la Sowaroff: en los botones dorados del frac se veían las dos iniciales N. E., Napoleon Emperador, que anunciaban que Mr. Boisseau pertenecía á la diplomacia francesa: su fisonomía era franca y risueña; representaba como de treinta y

cinco á cuarenta años.

—¡Cómo! ¡sois vos! repitió Dauphin; el señor marqués.... el señor coronel quise decir, creía que aun estábais en España.

—A Dios gracias ahora vengo de allá y si me vuelven á hacer ir, quiero que me ahorquen, como ha faltado poco para hacerlo.... Pero ¿Raul está todavía en la cama?

—¿El señor marqués.... el señor coronel?.... No señor; ha salido á ver á S. A. el principe de Neufchatel, á quien debe preceder en su viaje á Viena.

—¡Cómo! ¿Raul va á Viena?

—¿No habeis visto el coche de camino en el pátio?

—¿Y marcha pronto?

—Esta tarde misma, señor...

—Diablo! Y yo que venia precisamente á establecerme en su casa... por algunos dias... Vamos: y como está? Siempre brillante, valiente y generoso, eh?

—Ah Mr. Anacarsis! No hay un hombre mas valiente que el señor marqués... el señor coronel quise decir.

—No os molesteis por mi Dauphin: llamadle señor marqués todas las veces que querais.

—Gracias por vuestra bondad, Mr. Anacarsis: este es el título de la familia, y yo no puedo habituarme á dejar de dársele á mi amo: marqués suena mejor á mis cansados oídos que coronel...; pero él se enfada cuando no le llamo así.

—Ah! Si yo fuese marqués, no me incomodaria lo mas mínimo que me llamasen por mi título.... Pero y sus heridas?

—La última.... el balazo en el hombro que recibimos en Wagram, va perfectamente.... Eramos entonces coronel del 17 de dragones: nuestro regimiento era llamado el de los marqueses, porque no habia en el ejér-

cito otro mas brillante: los soldados estaban aseados y vistosos como perimetras, lo que no impedia que se batiesen como demonios; y sin embargo, cuando nos encargamos de ese regimiento estaban tan indecentes, tan horribles, tan mal disciplinados, que los llamaban los javalies.

—¡Diablo! dijo Anacarsis, ¿y tardó mucho en verificarse esa metamorfosis de javalies en marqueses?

—Apenas tres meses, señor.

—Tres meses!

—Si señor: y qué hombres! qué caras! qué bandidos! El señor marqués conserva aun uno de ellos á su servicio, un tal Glapisson, ya le vereis. No podeis imaginaros los horrores que esos mónstruos habian cometido en España, y cuando se nos reunieron en Alemania no tardaron en sublevarse y asesinar al nuevo coronel que les habian dado para castigarlos, al famoso coronel Picot, pro-

cedente de Mamelucos, y reputado por el militar mas terrible del grande ejército.

—¡Fuego! qué gentecilla! ¿Y es Raul de Surville el que sucedió á ese desgraciado coronel Picot?

—Si señor.... Entonces Napoleon nos envió á nosotros para domesticar aquellos javalies.... Figuraos ahora al señor marqués con sus veinte y cuatro años, su linda figura, su voz armoniosa y su aire de gran señor, en medio de aquellos viejos panduros, que muchos de ellos habian servido en Egipto. Pero, añadió Mr. Duphin interrumpiéndose, aquí teneis un quidam que os contará lo demas mejor que yó: y presentó á Anacarsis, un hombre como de cuarenta y cinco años con pantalon y casaca de uniforme, que entró tímidamente en la sala.

Este hombre era Juan Glapisson, antiguo sargento de dragones del regimiento de Mr. Surville, á quien ser-

via entonces como picador encargado de sus caballos de guerra.

Tenia uno de esos rostros bronceados que ha inmortalizado el pincel de Charlet, con el pelo cortado á nabaja y un largo bigote negro. Conociendo el afecto que el coronel profesaba á Dauphin, le respetaba infinito, y este por su parte no dejaba de darse á respetar con su aire grave de mayordomo.

—Mira, Glapison, dijo Dauphin, cuenta á este caballero de qué modo conseguimos domarlos y volveros de javalies, marqueses.... porque tú eras entonces.... un javalí.... y no el menos feroz por cierto, Glapisson.

—Ah! Mr. Dauphin, exclamó Glapisson, bajando la vista con aire de modestia y turbacion, y dando vueltas á su gorra de cuartel.

—Vamos, tunante, cuenta como el señor marqués pudo sacar partido de unos demonios encarnados como érais vosotros. Pero ante todo quítate de la bo-

ca esa apetosa mascada de tabaco, porque estoy temiendo que caiga sobre la alfombra, y no estás ahora en ningun cuerpo de guardia.

Guardó Glapisson su tabaco en la vuelta de la gorra de cuartel; atusó su vigote con el pulgar y el indice; hizo cargar el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda; tosió modestamente y principió en estos términos, dirigiendo la palabra á Anatcasis Boisseau.

—La cosa fué muy sencilla, señor: cuando llegamos de España para incorporarnos al ejército del Norte, nos vimos enteramente contrariados en nuestras costumbres. Estábamos habituados á hacer la guerra como cuerpos francos; á fusilar á esa canalla de paisanos pues tal era la desconfianza que nos inspiraban; á descuartizar á los señores, en desquite de que ellos nos aserraban entre dos tablas, etc., etc.; en fin, á usar de terribles represalias para conseguir la paz. Nos llevaron á Alemania; bue-

no: creimos poder tratar á los meynbers como habiamos tratado á los señores; pero no era lo mismo. Por el pronto nos quitaron nuestro coronel, el viejo Ledoux, el valiente entre los valientes, con cinco heridas, once campañas, rebentado el ojo derecho de resultas de un lanzazo, y con la nariz de menos; un soldado completo que no conocia mas que sus banderas y el honor de la Francia, y se paseaba todas las tardes en Astorga, en un carreton tirado por cuatro sacristanes, enjaezados con sus penachos y sus collares de cascabeles.

=Habráse visto semejante maldad! exclamó Dauphin, juntando las manos.

=Toma, repuso Glapisson, me dijo un dragon de mi escuadra, el cual en esas ocasiones hacia el oficio de cochero, que el mas brioso del tiro era un sacristanzuelo delgado como un alfeñique. En fin, todo esto sirve para dar á conocer que el coronel Ledoux era padre del soldado; nos lo quitaron tan

luego como llegamos á Alemania, enviándonos el coronel Picot, militar de pelo en pecho, que acababa de salir del cuerpo de mamelucos. Este comenzó por enseñarnos los colmillos; nosotros le contestamos enseñándole los nuestros como verdaderos javalies; por fin, pusieronse las cosas en tal estado, que las caricias mútuas del coronel y de nosotros, eran mas suaves que las de otros tantos escardillos. Un dia, hallándonos á algunas leguas de Heidelberg, tuvimos varias palabras con un patron, por causa de un ternerillo que no valia un pito, y que hicimos trozos por mera broma, llevándolo en pedazos debajo de nuestros caparazones.... Por fin, hallamos que el paisano no tenia razon para quejarse; le encerramos en su casa, y la prendimos fuego... tanto peor para él.... pues era el interesado. Bien: ved ahí que el coronel Picot se valió de ese pretesto para tratarnos como á los últimos de todo el ejér-

cito. Si hubiera estado allí nuestro antiguo coronel, nos habría hablado con dulzura, y dicho: «Hijos míos, derecho teníais para degollar el ternero y prender fuego á la casa... pero eso de encerrar al paisano... fué una bestialidad...» «Sí, sí, ha sido una bestialidad, le hubiéramos respondido, conociendo que habíamos procedido desahortadamente. Y satisfecho con esto, el coronel Ledoux nos habría dicho: «Vamos, pues siendo así, todo está bien; no se hable mas de semejante cosa;» por supuesto, el que mas y el que menos de nosotros se hubiera dejado desollar por él; porque, en obsequio suyo sea dicho, era el padre del soldado.

—Hombre, ¡acabarás con mil demonios de echar de menos á ese buen coronel, dijo Dauphin, y nos contarás lo que os pasó con el coronel Picot!

—A eso voy, señor Dauphin, á eso voy... El coronel Picot, como iba di-

ciéndoos, nos trató cual si fuéramos los últimos del ejército. Se enfadó, tiró del sable, y mandó que fuésemos á apagar el fuego; le respondimos que no éramos bomberos: entonces se arrojó sobre nosotros repartiendo cuchilladas á diestro y siniestro. Al principio no lo tomamos muy á mal; pero luego que vimos á una docena de dragones heridos, se impacientó la gente; por último, le enviaron para allá un par de tiros de mosquete... y de resultas murió... Buena la habíamos hecho! no ignorando la que nos venia, encima, nos hicimos fuertes formando barricadas en la aldea, despues de haber enviado nuestros gefes y oficiales á que tomasen el fresco donde mejor gustasen, bien resueltos á permitir nos matáran á todos antes que rendirnos ni denunciar á los que habian hecho fuego al coronel Picot.

—Vaya unos verdaderos demonios desencadenados! dijo Boiseau.

—Es menester saber manejar al soldado... El coronel Ledoux... aquel valiente de los valientes, hubiera...

—Todavía! dijo Dauphin, acabarás con tus majaderías, Glapisson?

—Voy al caso, Mr. Dauphin... Por último, nuestro lance de comedia llegó á los oídos del cabito, quien dijo al instante: «El coronel Surville es el único que puede hacer entrar en razón á esos tunos: si no denuncian á los que hicieron fuego al coronel, échense suertes y fusílese uno por escuadra. Llegó el coronel Surville acompañado de un trompeta para comunicarnos la orden. Fué la víspera de la batalla de Anheim, y sobre las ocho de la noche. Cáspita! señor, cuando vimos á aquel niño venir á arrestarnos solo y á pasarnos por las armas, nos pusimos á reír á carcajadas. Hizo que el trompeta tocase «á caballo,» y nos asomamos á las ventanas.

—Soldados, nos dijo, soy vuestro coronel; el Emperador me envia en busca vuestra; si dentro de un cuarto de hora no estais formado en batalla en la plaza, ó si no habeis denunciado para entonces á los miserables que hicieron fuego al coronel Picot, lo pasareis mal.

Al oír á aquel jovencillo hablarnos de ese modo disparóse por todas partes una de risotadas, de silvidos y de gritos, que era nunca acabar. «Bien, cencerada al coronel.»

Sin embargo, Mr. de Surville sin desconcertarse en lo mas mínimo, sacó su relox, vió la hora que era, y dijo muy tranquilo: «A las nueve en punto entrareis formados en batalla en la plaza.»

Su sangre fria hizo en nosotros un efecto maravilloso; comenzamos á decirnos: «este es un valiente.» Sin embargo no impidió esto que armásemos una baraunda infernal gritando que nos devolviesen nuestro antiguo coronel Ledoux,

prometiéndonos además que no se nos diezmaria, y que bajo estas condiciones estábamos dispuestos á entregarnos... Pasado el cuarto de hora guardóse el coronel su reloj, é hizo que se tocase «á caballo;» por supuesto que nosotros ni por esas bajamos. Entonces nos dijo: «Con que no quereis formaros en batalla?» — «No, no.» — Pues bien, repuso el coronel, ya sé el motivo, mañana se vá á atacar el reducto de Anheim, tan luego como el dia despunte, y vosotros no quereis batiros; estais llenos de miedo; sois una gavilla de.....

—Basta, basta, exclamó Dauphin interrumpiendo á Glapisson.

—Y nos volvió las espaldas, continuó el dragon; cáspita, señor, al oir nosotros esas palabras y que nos trataba de cobardes, fué aquello á quien se bajaba mas pronto por las escaleras, ó se descolgaba de las ventanas; á quien desatrancaria las puertas con mayor pre-

mura, á fin de correr al alcance del coronel; parecíamos unos tigres desencadenados; fué un milagro que no le hiciese ceniza. Cinco ó seis dragones entre cuyo número estaba yo, nos lanzamos sobre él furiosos, sable en mano. Volvió caras, cruzó los brazos sobre el pecho, y mirádonos con unos ojos..... válgame Satanás... que ojos aquellos!... nos dijo: «Alto!.....» pero con una voz tan firme y serena que nos hizo parar como estatuas, cual si hubiéramos oído la voz de mando de un comandante de parada. «Envainen sables!» prosiguió con igual tono de voz. Desengañaos, señor, el primer paso es lo difícil: envainamos... al momento; llegaron los demás dragones, y todos le rodeamos gritando: «Nos llama cobardes!... Es menester fusilarle como al coronel Picot!...» El, empero, sin alterarse en lo mas mínimo, y siempre con sus brazos cruzados, dejó que vociferásemos á nuestro antojo. Al cabo de algunos mi-

nutos, exclamó: «Haya silencio en las filas!...» Todos le prestamos atención.

—«Os digo que sois unos cobardes, repuso, porque si tuviérais valor antes de dos horas habríais tomado el reducto de Anheim...» (Bien sabeis, señor, que los dragones tambien pelean á pie)... «Pero no os atreveis á hacer semejante cosa.»

—Que no nos atrevemos...! que no nos atrevemos! gritamos todos eufurecidos.... Llévanos á ese reducto vive el demonio! y verás si el 17 de dragones ha esquivado nunca el fuego!»

—No hay valor donde no existe disciplina! replicó el coronel.

—Demonio de demonios, observaremos disciplina por un cuarto de hora... Dónde está el reducto? llévanos á él, y nos sobra con una descarga... pero despues, no será mala cuenta la que te daremos.

—Sí, si, que nos conduzca al reducto, y luego le ajustaremos la cuenta....

Nosotros éramos ahora los que obligábamos al coronel á ponerse á nuestra cabeza.—No tengas cuidado, que te obedeceremos como unas máquinas... Primeramente queremos probarte que no somos cobardes... pero despues... ya verás... asi le decíamos.

Por fin consintió en ponerse á nuestro frente; llegó el estado mayor; hicimos la añagaza de obedecer á las mil maravillas... pensando que luego... ya me comprendéis... Para abreviar, púsose el coronel á nuestra cabeza, y nos trató peor que á negros; nosotros tuvimos paciencia. Nos pusimos en marcha siendo ya muy oscuro, y á las dos de la madrugada estaba en nuestro poder el reducto con veinticinco piezas de artilleria; éramos ochocientos hombres y los enemigos pasaban de dos mil y quinientos. Bien podeis juzgar, señor, que luego que vimos á nuestro jóven coronel en lo mas furioso del fuego, mas valiente que un leon, recibir

dos heridas, se nos tornó toda idea de ajustar cuentas con él; porque, despues de todo, es un hecho que el soldado tiene algo de bueno; pero es menester saberle manejar; asi es que, cuando despues de la funcion nos formó en cuadro, le preguntamos todos: «Y ahora, mi coronel, qué tal gente os parecemos? somos cobardes?»

—Os habeis batido bien; ni mas ni menos, pero eso no basta; es preciso que los que dieron muerte al coronel Picot se denuncien á sí mismos; de lo contrario tendrán la culpa de que se fusile á cincuenta ó sesenta de sus camaradas. Y apuesto á que los perpetradores de tal desliz no son capaces de semejante bajeza.»

Un dragon que estaba tendido en el suelo con los riñones atravesados de un balazo, oyó aquellas palabras, y dijo: «Yo fuí uno, mi coronel.» Era verdad, y al punto murió. Otro dragon, que no estaba herido, viendo lo

que habia pasado con su camarada, cantó de plano tambien; al dia siguiente se le formó consejo de guerra y fué pasado por las armas. Desde aquel dia, señor, hizo el coronel cuanto se le antojó del regimiento: hasta el último de nosotros se hubiera dejado matar por él; una palabra suya habria bastado para habernos metido á todos dentro de un zapato. El 17 de dragones ha estado siempre tan subordinado como el primer cuerpo del ejército, y respecto á su porte era un regimiento tan curioso y aseado, que todos teníamos hasta cepillos para los dientes dentro de las maletas. Ahí veis como hizo el coronel unos marqueses de los famosos javalies.

Al llegar aquí el relato de Glapison, presentóse el coronel en la sala.



CAPITULO II.

Los dos amigos.

—Raúl!

—Anacarsis!

Trocadas estas dos exclamaciones abrazáronse cordialmente los dos amigos.

Raúl de Surville contaría unos veinte y ocho años de edad. Después de la batalla de Wagram había dejado su regimiento para estar al lado del Emperador en clase de edecan.

Soldado distinguido de caballería durante el consulado, y promovido á alférez en el campo de batalla, no había tardado en llamar la atención del Emperador, quien le nombró su ayudante de órdenes.

Vencido este primer paso, la carrera de Mr. de Surville fué tan rápida como brillante y hasta consiguió que le devolvieran los cuantiosos bienes que habían pertenecido á su familia. Se ha visto ya que justificó el otorgamiento de tantos favores por un valor á toda prueba. Además de eso, fué encargado con frecuencia de misiones muy delicadas, y las desempeñó con tanta maestría como buen écsito. El coronel de Surville era un hombre dotado de lealtad caballeres-

ca, y de una imaginacion festiva y llena de atractivos. Cantaba con perfecta gracia, dibujaba admirablemente, y bailaba cual se hacia en los reinados de Trenis y de Vestris; generoso hasta la prodigalidad, modelo de buen gusto y de elegancia, ostentaba (cosa rarísima entonces) las maneras mas esquisitas, preciosa tradicion del siglo pasado.

Debía esta ventaja á su permanencia en Turena, donde vivió por espacio de dos años durante su primera juventud, en casa de la señora mariscalá princesa de Montlaur, que tenía relaciones de parentesco con la familia del coronel, y á los setenta años de su edad conservava aun toda la viveza y energia de su escelente y extraordinario talento.

Tantas y tan seductoras cualidades, unidas á una lindísima figura, habian proporcionado á Mr. de Surville muchas y brillantes conquistas.

Uno de los rasgos mas sobresalientes de su carácter era una bondad y una delicadeza escesivas; la amistad mas fervorosa habia sobrevivido siempre á sus pasajeros amores; al paso que dotado de profunda discrecion, nadie llevaba á mayor extremo que él la gratitud, el respeto y la veneracion para con las mujeres á quienes habia amado.

Lo que le diferenciaba sobre todo de aquella clase vulgar y perversa de los calaveras del último siglo, era que profesaba hasta con rigorismo los mejores sentimientos de honor, probidad y respeto al bello sexo. Estos son tanto mas raros cuanto que, por lo comun, tratan los hombres á la mujer que todo les ha sacrificado, mucho peor de lo que se atreverian á hacerlo con el mas indiferente de sus compañeros de goces, sin que puedan dar otra disculpa de semejante brutalidad que el afecto y la belleza de una pobre criatura, á quien no le es dado quejarse.

Al contrario, creia Mr. de Surville, que la muger á quien era deudor de un solo instante de felicidad debia ser á sus ojos un objeto sagrado.

Si era infiel, hacia que se olvidase su inconstancia á fuerza de manifestar un afecto desinteresado; si alguna bella le era desleal, hallaba él en los recuerdos de pasadas dichas, y en las esperanzas de nuevos placeres, el arbitrio de disculpar la presente decepcion, ademas de que nunca le faltaban los consuelos; era ageno su pecho á aquellos odios profundos é inalterables que corroen á los que, solo por casualidad, han conseguido agradar una vez en toda su vida.

La estatura del coronel era mediana, pero su cuerpo en extremo flexible y garboso.

Sus ojos negros y brillantes, prestaban á su noble fisonomia una expresion llena de fuego y de viveza. Sus cabellos castaños eran rizados y se-

dosos; sus lábios rojos como la grana, dejaban entrever una dentadura de pulidísimo esmalte.

El rico uniforme, verde y oro, que usaban los edecanes del Emperador, realzaba todavía mas ventajosamente aquella hermosa figura.

—Querido Anacarsis!

—Querido Raül! repetían los dos amigos ecsaminándose con mútuo interés.

—Qué es lo que acaba de contarme tu viejo Dauphin?... Con que vas á marchar de veras?... Y esta misma tarde? sin conceder siquiera un dia á mi amistad? dijo Boisseau.

—Por desgracia, me es imposible retardar ni una hora mi salida. Vengo de las Tullerías, donde me ha dado el emperador sus últimas órdenes; debo estar en Viena para el 3 de marzo á mas tardar, porque el príncipe de Neuchatel llegará allá sobre el 5 ó el 6. Pobre Anacarsis mio! si supieras cuán

sensible me es este contratiempo! Y tambien tú, por qué no me has escrito siquiera una palabra?

—Qué diablos quieres!.. pensé darte una agradable sorpresa... Mira! yo debia no haberlas tenido todas conmigo, porque las sorpresas siempre me han salido mal... Te acuerdas hace ahora dos años, cuando regresaste de Italia?... Sabes que te fui á ver cuando apenas te habias quitado las botas de camino y te dije: «Raúl, quiero llevarte á cenar á casa de la señorita Nanteuil, primera dama de canto en el teatro de la Emperatriz: será una excelente sorpresa, porque no me aguarda esta noche...»

—Si, y tambien me acuerdo que al contrario fuiste tú el sorprendido de lo que allí presenciaste... Pero yo te hacia en España con alguna comision.

=Raúl, contestó Boisseau con mucha gravedad, señalando á sus sienes

que comenzaban á encanecer... ves esta nevada prematura?

—En efecto, pobre Anacarsis mio, cuando me separé de ti un año hace, nada indicaba ese invierno tan precoz.

—Pues, amigo mio, para seguir la comparacion alegórica, esta escarcha ha sido fruto de una noche, de una sola noche... y eso que me hallaba en un pais terriblemente cálido.

—Y como fué eso, Anacarsis?... esplicame ese fenómeno... efecto de alguna emocion quizás?... del amor?... algun español celoso?... algun peligro?

—Si, amigo mio, de un peligro, de un peligro muy grande; pero en el cual, ay de mi! no estuvo mezclado amorío alguno, ni la mas leve pizca de celos. Te referiré el hecho: bien sabes que ahora ha dos años estaba yo mas aburrido que un muerto, á pesar de mi inmensa fortuna; pero, merced á tu influencia, fuí nombrado

auditor en el consejo de estado, y me agregaron á la seccion de negocios extranjeros... Cuando me tocaba el turno, tenia que asistir á las sesiones que presidia el Emperador. Un dia, el gran hombre, despues de haber hablado mucho, mientras, como tenia de costumbre, sacaba astillas de su mesa dándole fuertes cuchilladas con su corta plumas, se quedó dormido un instante... eso le acontecia algunas veces... y se inclinó sobre su pupitre, sosteniendo la cabeza con ambas manos. Siguió adelante la discusion, á pesar de su sueño; tratábase de los asuntos de España. Al cabo de un cuarto de hora, despertó el gran hombre, y tornó á enebrar su discurso donde lo habia cortado, quedando resuelta la cuestion que se discutia... Te hablo del sueño del Emperador... por lo demás muy dispensable en sus circunstancias... porque á él es á lo que atribuyo la extraordinaria aberracion de que fuí víctima.

—Válgame Dios! tu me asombras!
—Escucha, escucha. Luego que terminó la sesión, retiróse el Emperador á su gabinete; un cuarto de hora despues vino el ugier que estaba de servicio á buscarme de parte de S. M. Hallábame yo á la sazón en el cuarto del refresco, donde en verdad se nos regalaba á pedir de boca. Acuérdome por cierto que estaba comiendo el alon de una chocha perdiz, y tuve que dejar en mi plato aquel delicioso bocadito. Seguí al ugier, y á poco rato eneuéntrome cara á cara con el Emperador, y tan cerca de él como ahora lo estoy de ti. Miróme con aquellos ojos garzos, verdaderos ojos de águila, y atestose las narices de tres ó cuatro polvos de tabaco. Despues de haberme considerado un momento en silencio profundo, me dijo: «Nunca os habia visto antes; pero es cosa original! no teneis la fisonomía que os supuse!» Hícele una pro-

funda reverencia, hallándome en estremo lisongeado con que el gran hombre se hubiese tomado la molestia de suponerme una fisonomia. Dijome en su tono breve, y enseñándome unos pliegos cerrados con lacre y sello: Partireis al instante para Madrid con estos; cosedlos y ocultadlos bien en el forro de vuestro vestido; si os acometiese alguna guerrilla, y tuviéseis que quedar en el sitio, cuidado que estos papeles no caigan en manos de los enemigos... El rey de España os dará órdenes ulteriores. Esta es una comision peligrosa, peligrosísima; pero, añadió el Emperador con aire risueño y pellizcándome la oreja izquierda, este encargo os viene como de molde; sois un verdadero cohete incendiario; ya habeis dado pruebas de ello en el Tirol.»

—Ola! y qué pruebas habias tú dado en el Tirol?

—Ninguna, amigo mio, ninguna. ...

pero escúchame y verás en lo que vino á parar aquello. Atontado con lo que oía, balbucí algunas palabras ininteligibles; hícele otra profundísima reverencia, é iba á retirarme, cuando el Emperador repuso con voz seria y casi conmovida:

«Mirad, bien sabeis que en todo caso yo cuidaré de vuestra madre á lo menos! La coasolaré, porque me consta que sois un buen hijo... Id con Dios... y poneos en camino dentro de dos horas.... Confío en vos... No se me ha olvidado el Tirol, y tampoco se me olvidará la España!»

—Tu madre!... Pues yo creia que la habias perdido años ha!... dijo el coronel cada vez mas atónito.

—Y quién lo duda querido amigo? pero todo aquello era resultado de un maldito quid pro quo. El emperador se hallaba todavía bajo la influencia de su momentáneo sueño, y me equivocaba con un tal Boitot... un endemonia-

do, que comisionáran al Tirol para fomentar la insurreccion contra el Austria.

—Ah! ya comprendo ahora...

—Y qué te diré, querido Raúl? no osé, bien puedes hacerte cargo, rehusar la honra que el emperador me hacia... y tomé aquel maldito cartapacio. Partí, y á unas veinte leguas de Madrid, cierta hermosa noche, cai de lleno en medio de una guerrilla... No sé si te he dicho en confianza que acostumbro á llevar un chaleco de franela á raiz de la carne.

—No, querido Anacarsis, no me acuerdo de que me hayas confiado semejante secreto... pero qué conexión....

—Ahora verás la razon porque te inicio en este misterio higiénico. Has de saber que gasto camiseta de franela, debajo de la cual llevaba yo ocultos disimuladamente los tales papeles. Como mi camiseta era de color de rosa muy bajo, aquellos salvages creye-

ron que seria la piel natural de mi cuerpo... (cuidado que no digo esto por fatuidad) pero lo cierto es que aquella feliz equivocacion salvó mis despachos, aunque estuvo á punto de perderme. Furiosos viendo que nada llevaba conmigo, pusieronme un dogal al cuello, y ya iban á ahorcarme de un árbol, cuando plugo á la divina Providencia, mas bien que al acaso, enviar por aquel camino un numeroso convoy... Dispersóse la guerrilla; agregueme al convoy, y llegué á Madrid con mis pliegos; la emocion, empero, habia sido tal, cuando me sentí el cordel al cuello y cuyos fatales vestigios puedes todavia conocer en él, que mis cabellos se encanecieron de resultas.

=Pobre Anacarsis!

=Entregué mis pliegos... pero cuando el Rey José me instruyó por menor del diabólico oficio que yo debia ir á hacer en Portugal para contraminar en aquel pais la diplomacia inglesa, equi-

vocándome siempre con ese endiablado Boitot, le espliqué el quid pro quo, y como yo no le pareciese á S. M., sin duda, suficientemente apto para llenar las exigencias de la comision que se me habia destinado, se entiende bajo el nombre de Boitot, me hizo regresar á Francia.... Entouces comprendí la razon porque nuestro gran hombre no habia encontrado en mí aquella fisonomia que me supusiera al equivocarme con el antedicho demonio.

—Ya, ya!... y ahora cuáles son tus proyectos?

—Válgame Dios! Disgustado de la carrera diplomática, volviame á vivir y á establecerme de asiento en París.... con un millar de planes en la cabeza; pero, en el acto de llegar, encuentro que te ausentas... tu maldito viaje me lo trastorna todo, porque tenia que pedirte todavia un monton de cosas.

—No tienes mas que hablar, hombre; quieres seguir otra carrera? Sabes

que puedes disponer de mi influjo.

— Nada de eso; nada de eso. La ambicion pasó ya para mi, ó á lo menos la ambicion de los negocios y destinos. Pero me ha quedado otra.

— Y cuál?

— La de ver el gran mundo... el mundo grandísimo... desearia lanzarme en él... y al efecto contaba contigo... Como marqués del antiguo régimen y coronel del imperio, tú conoces ambas aristocracias, la antigua y la moderna. Esperaba, pues, que con tu favor seria fácil introducirme en esas sociedades tan brillantes como ambicionadas.

— No hay duda, no hay duda, replicó Raúl... despues de haber reflexionado un instante... que puedo abrirte las puertas de esos dos mundos, presentándote antes de mi marcha en casa de una señora amiga y parienta mia, la cual está relacionada con el imperio por parte de su marido, y con el antiguo régimen en razon á su propio nacimiento.

to. Una vez admitido en su casa y recomendado por mí... como el mejor y más antiguo de mis amigos, irá ensanchándose poco á poco el círculo de tus conocimientos, y no tardarás en verte introducido en la sociedad que apeteces conocer. Pero, dime, no eres anticuario ó cosa parecida?

—Mira como me hice anticuario; hace tres años, que hallándome en Nápoles, me aficioné extraordinariamente á la prima donna del teatro de San Carlos..... Siempre he tenido pasión al teatro. Un cierto lord William Clark tuvo la chistosa ocurrencia de desbancarme en los favores de mi Diva.... Bueno! una semana después supe que el condenado milord codiciaba una rica colección de medallas y de camafeos.. Dí por ellos un tercio más de lo que valían, y á mi vez le suplanté en la posesión de sus deseadas antiguallas.

—Hasta ahora, querido amigo, vuestros respectivos desbanques paréceme

que no pasan de ser un mütuo desquite.

—Tal vez no vayas errado, porque al momento de verme poseedor de aquellas, endiabladas medallas, no supe qué hacer con ellas. Así para aprovecharme de ellas de algun modo, creime obligado á hojear un poco á Winkelman.

—Divinamente hecho! magnífica idea! Escúchame, pues. Bien me conoces, Anacarsis.... te consta que el nacimiento no me infunde vanidad ninguna.

—Ah! querido Raúl, por qué dices eso?

=Mira, tú quieres introducirte en cierto mundo, y si en él no se presenta un hombre como caballero rancio ó como militar, bien puede estar seguro de que si no le reciben mal, á lo menos quedará haciendo un insignificante papel.... Al contrario, si te presentas como anticuario, como sábio,

te verás clasificado acto continuo. Supongo que ya no tienes pretensiones á los triunfos del corazón?

—Ninguna.... ninguna absolutamente. jamás pretendo otra conquista que la de alguna Diva.... francesa ó extranjera, y tengo cuanto necesito para hacer valer esta clase de pretensiones.

—Mejor que mejor. La echas de anticuario; dices que tienes cuarenta años; haces alarde de tus precoces canas, y te alistás, inmediatamente en la categoría de los tíos de los rodrigones, de los tutores, de los confidentes, y hasta de los favoritos de las mujeres más hermosas; ya ves que este papel no es nada despreciable.

—Despreciable! bien creo que no; al contrario, di más bien que es un papel digno de envidia. Con eso se hace uno necesario, y cuando posee el sano talento de no anhelar otra cosa que el ser apreciado de los de-

más, se coloca en una posición ventajosísima.

—Veo que profesas los mejores principios; y ahora sí que te garantizo el éxito mas prospero.

—Escucha, Raúl, creo que voy á decirte una enorme barbaridad; mas, páreceme, que para un mundo como ese, tengo un apellido harto vulgar... eh? Boiseau!.... Se me habia ocurrido, á fin de dar á mi nombre un airecillo extranjero, añadirle una w y convertirlo en Boisseaw!.... Pero la pronunciación seria la misma.... Por otra parte llamarme de Boiseau ó Sain-Boiseau, creo que no remediaría tampoco maldita la cosa; así es que he desechado la idea, y sin embargo esto me tiene inquieto.

—Tú estás loco.... rematado. No eres un anticuario? No eres un sabio? No tienes ahí á Monge, Chaptal, Denon, Berthollet?... Son estos por ventura apellidos aristocráticos? No disfrutas una

renta de cincuenta mil escudos?.... Con eso y con tu carácter amable y servicial tu posición es la mejor imaginable... Créeme, tranquilízate.

—Pero quien es esa dama, amiga ó parienta tuya que debe abrirme las puertas de esos dos grandes mundos?

—La señora duquesa de Bracciano.

—Quien! la joven duquesa de Bracciano... que tiene tanta fama de hermosa?... ah! pícaro!...

—Bah, no estoy equivocado, no! Yo sé lo callado que eres; pero también sé algo de tus magníficas conquistas. Crees que estoy tan arrinconado en el Banco y entre la clase media, que no haya llegado á mis oídos que el coronel Surville era el coquito de las más lindas damas de la corte?

—Te lo repito, querido Anacarsis; te engañas... verás por tí mismo la falsedad de tus sospechas.... Mas te digo: cierto servicio que tal vez me

vea precisado á rogarte hagas en obsequio mio, te probaré aun mas, que no me es posible tener ninguna pretension sobre el corazon de mi prima.

—Un servicio! no tienes mas que mandarme.

—No puedo esplicarme todavia... Debo ver á Madama de Bracciano esta mañana. Al despedirme de ella, la hablaré de tu presentacion: y si no me desaira, como es probable que no, entonces, amigo mio, te revelaré todo.

—Y qué clase de sugeto es el tal duque de Bracciano?

—Es un antiguo convencional, que durante la revolucion se llamó Gerónimo Morrison; es un hombre de privilegiada capacidad, y el emperador le ha empleado en grandes destinos civiles. Ultimamente, le ha agraciado con el título de duque, y hecho casarse con mi prima, la señorita Juana de Souvry, hija del conde del mismo apellido, y sobrina de la mariscalda princesa de Montlaur.

—Ese habrá sido, por supuesto, un casamiento por razon de estado, á no ser que el duque sea un sujeto digno de que le amen.

—El tal enlace es una completa novela de heroicidad y sacrificios, por parte de mi prima, se entiende. En cuanto al duque, es un hombre de unos cincuenta años de edad, sombrío, taciturno, de un genio adusto é irónico; pero dotado de un raro talento y de una firmeza que raya algunas veces en rigor. Se ha manifestado cruel en el gobierno de algunas provincias extranjeras; y con su enérgica frialdad ha prestado eminentes servicios. El Emperador distingue mucho al daque de Bracciano, aun cuando nada simpatiza con él. Le emplea como á un escelente instrumento, y dijo cierto dia, hablando de él en su lenguaje pintoresco:—«Quiero á Bracciano, como se quiere un grueso barrote de hierro que atrauca bien una

puerta, ó apuntala una techumbre.»

—Qué gran hombre, y como sabe pintar una cosa con un solo rasgo! dijo Anacarsis... Pero... no quieres que te llame pícaro, cuando eres pariente y amigo íntimo de una jóven y preciosa duquesa, que tiene por marido un barrote de hierro?

—No... te digo que no hay nada de lo que piensas. Esta tarde, quizá, te convencerás de que solamente soy amigo... pero el amigo mas afectuoso... mas verdadero de madama de Bracciano, porque no me ama en otro concepto ni puede amarme jamás.

—Y es tan discreta como hermosa?

—Es imposible tener un talento mas natural, mas encantador, una educacion mas cultivada, mejores dotes intelectuales, mayor instruccion y menos pretensiones á una superioridad que por tantos motivos ha adquirido. Pero tu necesitas descansar un rato; Dauphin cuidará de que nada te falte. En-

tretanto iré á ver á madama Bracciano, y á mi regreso te informaré del resultado de mi entrevista con ella, y quizá, vuelvo á decirte, me vea en la precision de poner á prueba tu amistad y sigilo.

A las dos se presentó el coronel en el palacio del duque de Bracciano, situado en la calle del arrabal San-Honorato.



CAPITULO III.

Confianzas.

Resguardaba madama de Bracciano á Mr. de Surville en un gabinete tapizado de blanco y oro, lleno de flores y amueblado con toda la apelmazada suntuosidad de la época.

Juana de Souvry, duquesa de Braeciano, contaba veinte años sobre poco mas ó menos. No era una bel-
dad perfecta; pero unos ojos pardos
y grandes, con su rica franja de pes-
tañas largas y negras, una rosada pa-
lidez, una boca graciosísima, la que
casi siempre se veia rizada por una
sonrisa melancólica y dulce, una lu-
josa profusion de lindos cabellos cas-
taños negligentemente recogidos á la
Pamela, prestaban á su fisonomia un
encanto indecible.

Parecia en aquel instante pensativa
y triste.

Un ejemplar de Werther, impreso
en aleman, estaba medio abierto de-
lante de ella; con las dos manos cru-
zadas sobre sus rodillas, agitaba ma-
quinalmente con la punta de su pre-
cioso pié los flecos de un sillón de
madera dorada.

Un criado anunció á Mr. de Surville.
Quedáronse á solas Juana y Raúl.

—Vaya una marcha repentina! dijo madama de Bracciano al coronel mirándole con afecto; con que partís para Viena?

—Sí, querida prima; siento en el alma este viaje... y por mas de un motivo.

Despues de un silencio bastante largo, prosiguió Raúl con acento conmovido:

—Quisiera hablaros con entera franqueza.... Tengo que deciros cierta cosa harto formal. Soy vuestro amigo, soy pariente vuestro, y temo por lo tanto que mis palabras os ofendan. No creyendo que mi partida fuese tan súbita, y deseando adquirir algunos datos mas antes de participaros mis sospechas... parecióme bien diferir esta conversacion hasta el momento actual.

—Y cuáles son esas sospechas? dijo asombrada madama de Bracciano.

—Escuchadme, respondió Raúl con

tono de cordialidad afectuosa: ¿no es verdad que sabéis lo mucho que os he amado?... Por desgracia habíais formado de mí un concepto tan malo, que rechazásteis enteramente mis obsequios.

=Mal concepto de vos! no, Raúl, no; solamente que habia llegado á mi noticia vuestra veleidad, vuestra inconstancia; aunque tambien diré que nunca, segun la voz pública (y lo creo firmemente), habeis tenido que acusaros respecto á mujer ninguna, de acciones indecorosas ni pérfidas.

—Ya que la inconstancia era mi defecto único por qué no tratásteis de tornarme fiel? ¡Os hubiera sido tan fácil!

—Oh! querido primo! era una empresa demasiado difícil; estábais y estais harto entregado á la moda, harto mimado, y..... si puede decirse... harto coronado de victorias felices...

Madama de Bracciano pronunció es-

tas palabras con singular acento: miréla Raúl de hito en hito la dama bajó los ojos, y repuso despues de algunos instantes de silencio:

—Luego profesais acerca del amor unas ideas que jamás puedo yo adoptar como mias; solo veis una distraccion agradable, un placer efimero, donde me parece que yo habria de fundar la dicha de toda mi vida. Por eso me he guardado bien de admitir vuestros absequios, y os he dicho mas de una vez; «seamos buenos amigos, y no hablemos mas de un sentimiento que no puede existir entre nosotros.» Bien me comprendisteis, Raúl; y siempre habeis continuado siendo amigo mio, y lo confieso, el amigo mejor que en el mundo cuento, añadió tendiendo al coronel la mano.

Besóla Mr. de Surville con respetuosa ternura, y despues de algunos momentos de silencio, dijo con acento casi turbado:

—Voy á marchar esta noche, y tal vez dure mi ausencia largo tiempo. En gracia de esa sincera y viva amistad en que creéis, prometedme que me escuchareis sin dar á mis palabras una interpretacion errónea. Lo que tengo que deciros es tan extraño, que me faltaria el valor para descubrirlo si vuestra felicidad, si vuestro porvenir mismo tal vez, no se hallasen, en mi concepto, amenazados.

—Esplicaos, Raúl; casi me haceis temblar.

—Escuchad pues... y de nuevo os suplico, que si lo que os diga pudiere ofenderos; si juzgáreis que cedo á unos sentimientos indignos de mí....; acordaos de que soy un hombre de bien é incapáz de penetrar una accion mala ni indecorosa.

—A la verdad, Raúl, que no sé que pensar de esto. Qué teneis que decirme? A qué viene ese aspecto tan sério? Por qué esas dudas? Válgame Dios!

Ignoro por ventura quién seais? No estoy satisfecha de que no existe en el mundo un carácter mas noble, mas generoso que el vuestro?

=Vuestras palabras me infunden ánimo, dijo Raúl, y prosiguió: Casada á los diez y seis años, haciendo el sacrificio mas sublime...

=Raúl! interrumpióle Juana, con acento de reconvencion.

—Oh! soy inexorable cuando hablo de vuestras adorables cualidades. No teniais la mayor aversion al enlace que el Emperador se empeñaba en que contrajerais? Y cuando, á pesar del noble silencio de vuestra familia, os enterásteis, de resultas de una frívola indiscrecion, de que merced á vuestro casamiento con el duque de Bracciano, se devolverian á vuestra tia sus cuantiosos bienes, y se levantaria el destierro á dos ancianos parientes vuestros que se hallaban espatriados, vacilásteis en consumir tan generoso sacrificio?

—Raúl... Raúl... por Dios os ruego, no digais sobre eso una sílaba mas.

—Sin embargo... tanto me quedaba que decir!... pero ya que lo queréis... me callo... A vuestra entrada en el mundo, tan jóven, tan hechicera, de una imaginacion tan superior, viviendo casi siempre separada de un marido que tenia dos veces la edad vuestra, y al cual sus importantes cargos absorbian el tiempo enteramente, os visteis rodeada de homenajes; pero estos fueron todos vanos... Educada por vuestra tia, la señora princesa de Montlaur, poseiais todos los encantos de la virtud sin tener su pedanteria. Os habia visto ya, cuando érais niña, durante mis dos años de permanecia, siendo yo tambien niño, en casa de vuestra tia. Cuando volví del ejército la primera vez, al veros tan linda y tan esbelta, adornada de seducciones mil, enamoréme de vos, si, enamoréme como un insensato... mi declaracion, empero, no hizo en vos me-

la alguna... y eso qué tenía de particular?... ni yo ni otro alguno reunia las cualidades que para agradaros se necesitaban. Ya vuestras ilusiones, sin duda, percibian el bello ideal que debiera algun dia colmar vuestros votos mas caros, mas secretos...

—Ea verdad... no sé... dijo madama de Bracciano ruborizándose:

—Permitidme que continúe, repuso el coronel: no cesé de veros; me interesábais tanto que, casi en mi propio despecho, púseme á estudiaros en silencio; os amaba mucho, mas con tan desinteresado sentimiento, que sacrificué amores, muy sérios quizá, á aquel espionage tan atractivo para mí... no tardó mi observacion... por ciertas rarezas... por cierta mudanza en vuestros hábitos, y hasta añadiré en todo vuestro porte... no tardó mi observacion en hacerme sospechar... en darme una certidumbre de que amábais á alguno.

—Raúl! exclamó con severidad madama de Bracciano.

—Juana! prosiguió el coronel con acento conmovido, mientras que sus bellas facciones espresaban la ansiedad mas viva; Juana, os lo juro por mi honor; si procuré penetrar vuestro secreto, no fué instigado de una curiosidad vulgar ó celosa, fué á impulsos de un interés leal... fué tal vez estimulado por el presentimiento... de que algun dia mi oculta vigilancia no seria estéril para la felicidad vuestra.

—Mas en fin acabareis de decirmelo?

—Tened paciencia unos instantes y lo sabreis todo, respondió Mr. de Surville. En la alta sociedad, donde os veia todas las noches, en balde interrogaba yo vuestras miradas; no pude descubrir cosa alguna. Por otra parte, la actitud de indiferencia y de aburrimiento, la continua distraccion que afectábais en medio de aquel brillante tumulto, y la cual ningun objeto conseguia desterrar, todo me daba á entender que la persona que vuestros pen-

samientos ocupaba, no era un concurrente habitual á nuestras reuniones. Con frecuencia os quejábais delante de mí... de que carecíais de ocupaciones que os interesasen; el dibujo, la música no tenían ya para vos atractivo ninguno; quisisteis buscar distraccion en el estudio de las lenguas extranjeras, y os dedicásteis á aprender la alemana..... Esto de elegir el estudio del idioma alemán con el objeto de distraerse, añadió el coronel sonriéndose sin poderlo remediar, me pareció muy extraño; mas por entonces no me detuve en dar una gran significacion á ese capricho... Ló que sí me sorprendió mas, fué el veros, estando educada en los principios de vuestra tia, tan monárquica y tan católica, adoptar unas teorías casi republicanas... Al principio me pareció que era vuestro objeto hacer alarde de esa llamarada intelectual tan á propósito para añadir nuevo brillo á vuestra imaginacion, y

que no pasaba de ser una paradoja fantástica, que no sienta nunca mal á una dama de vuestra cuna; pero bien pronto os oí defender estrañas proposiciones con tanta obstinacion, y algunas veces tambien, permitidme que os lo diga, con tanta acritud, que me convencí de que lo eran las ideas vuestras, sino las de otro sugeto.... las que tan ardientemente sosteníais.

—Vuestra sagacidad es maravillosa por cierto, querido primo, dijo madama de Bracciano ruborizándose y sin poder disimular cierta especie de despecho. Cómo, pues, con unas señales tan positivas no conseguísteis descubrir el nombre de ese afortunado rival?

—No tengo rival ninguno.... Juana.. contestó con tristeza Raúl, fijando en su prima una mirada llena del interes mas afectuoso. Há mucho tiempo que he renunciado á todo proyecto sobre vuestro corazon.... Si Herman

Forster fuera rival mio, manifestaría yo tal vez poquísima generosidad al deciros ciertas cosas muy desagradables que tengo que contaros respecto á ese hombre...

Al oír el nombre de Herman Forster tornáronsele púrpura las mejillas á madama Bracciano. Permaneció estupefacta un momento; en seguida, cediendo á pesar suyo á un impulso de cólera al ver que le habian sorprendido su secreto y que se bablabade aquel modo con referencia al hombre á quien amaba, centellearon sus ojos de indignacion, y exclamó:

—Ved ahí lo que son los hombres! los zelos y la envidia desnaturalizan los caractéres mas generosos!! Si una desdeña sus homenajes... la espian bajamente á fin de sorprender una confianza, ó con el objeto de forjar alguna ridícula novela á favor de las coincidencias insignificantes... Id con Dios... sois la última persona que yo

hubiera creído capaz de semejante villanía.... Vos.... vos! olvidar quien sois hasta el punto de calumniar á un desgraciado jóven.... poscripto y desvalido!

—Y quereis que yo dude ahora de vuestro amor, al oiros defender con tanto abinco á ese extranjero?

—Y por qué no he de defenderle puesto que vos le atacais con tanta pasión? Y prescindiendo de lo demás, habré de avergonzarme de un sentimiento tan puro como profundo y arraigado? Qué derecho os asiste para espiar mi conducta y penetrar mis secretos? Como, repito, vos á quien yo creia tan noble, tan leal, osais hacer un papel semejante.

—El único papel que anhele desempeñar cerca de vos, Juana, dijo el coronel con acento sensible y tierno, es el de amigo vuestro; y ese me impone ciertos deberes. Ahora que ya se ha roto el velo, continuaré hasta el

cabo, pues que yo soy quien soy, y sé lo que debo hacer. Poco me importa vuestro odio; poco vuestro desprecio en el momento actual... Llegará el día en que seais mas justa.... pero ahora teneis que escucharme..... Herman Forster ocupa el destino de secretario de vuestro esposo; comprometido en Alemania porque pertenecia á una sociedad secreta, no obstante su tierna juventud, tuvo que refugiarse en Francia... El acaso le hizo hallar un asilo en vuestra casa. Como sois noble y generosa hasta el estremo, su infortunio, tal vez noblemente padecido, no pudo menos de despertar todas vuestras simpatias. Ese extranjero es hermoso; su aire es la pura candidez; sus palabras espresan los sentimientos mas acrisolados... y á pesar de todo... no sé que secreto presentimiento me dice que el tal jóven es peligroso... y que llegará á seros fatal...

—Un secreto presentimiento! exclamó madama de Bracciano con amarga ironia; y sin otra prueba que una sospecha vaga, vos que ocupais la posicion mas brillante que puede satisfacer las ilusiones de un hombre de vuestra edad, venis á calumniar á un pobre huérfano que no tiene mas recursos que los que aquí encuentra? Os atreveis á fundar sobre frivolidades una acusacion tan odiosa?

—Si: tambien fueron vagas sospechas las que me han hecho descubrir vuestro amor. Me he engañado? Os digo que ese hombre tiene en su mirar cierta dureza, cierta insensibilidad que no puedo definir. Sombrio y taciturno, no tiene la viveza ni la alegria de su edad.

—Es extranjero, proscripto, solo en el mundo... Quereis sin embargo que esté alegre, no es verdad?

—Pardiez!... y vos no le amais? Pues cuando á los diez y ocho años

de edad, el amor de una mujer como vos no hace que desaparezcan en un instante todas las pesadumbres, señal es de que existe en el fondo de su alma otra cosa que no es por cierto aquel amor.

—Y quién os ha dicho, señor mio, que sepa él los sentimientos que me ha inspirado?

—No sería modestia sino ingratitude el no haberlos advertido... Pero, no... bien los sabe, y hasta ese mismo disimulo que observa me llena de zozobra, Juana. Ecsisten impresiones que no pueden esplicarse y cuya reaccion es sin embargo muy poderosa: pues bien, si, la influencia de ese hombre, una influencia que acaso vos no la echais de ver me llena de espanto por interés vuestro. Me costa cuan ardiente y generoso es vuestro espíritu: en cien ocasiones me habeis dicho, y os creo, que si llegáseis á amar, no vacilaríais un momento en

sacrificar vuestra posicion, aunque esta fuese mil veces mas elevada. Conociéndoos tan á fondo, tiemblo por vos, pues que el hombre á quien amais no es digno de los sacrificios inmensos que seriais capaz de hacer en obsequio suyo... No me mireis tan colérica, Juana... No tengo el mas leve interés en hablaros así... Esta noche voy á partir, por largo tiempo sin duda, para no volver mas tal vez; porque la guerra puede encenderse de nuevo, y la vida del soldado tiene sus hazares... Me juzgais tan miserable que sea capaz de mentir ó de solazarme con el odioso goce de dejar clavada una sospecha en vuestro corazon? Bien os consta, Juana, lo digo sin vanidad, aunque con íntimo convencimiento, que ante todo soy hombre de honor, y jamás lo habeis puesto en duda... Pues bien! por mi honor os juro que no ecsiste en mí envidia alguna, ni celos, ni despecho;

pero la influencia que en vos ejerce ese hombre me hace temblar por vuestro porvenir... No puedo deciros otra cosa, y preciso es que este sentimiento sea muy poderoso, para que haya conseguido vencer mi repugnancia de hablaros en estos términos...

=Sois capaz de volverme loca!... Qué teneis que vituperarle? qué ha hecho el infeliz? qué ha dicho? Unas dudas tan inflexibles como las vuestras están fundadas siempre en una razon cuando menos! concedo que un nada les haya dado nacimiento... pero al fin ese nada existe... Por muy imperceptible que sea el foco de donde parten vuestras espantosas sospechas, vos sabreis donde se halla, decidmelo.

—Y qué he de deciros yo?... Son de aquellos matices que con frecuencia se ocultan á todo análisis, y los cuales sin embargo, dejan tras sí una impresion indeleble... Ved... por ejemplo... no ha muchos dias que estába-

mos aquí, en este mismo gabinete, vos, Herman y yo. Os hallábais pensativa y triste; acabábais de darme una carta que habíais recibido de uno de nuestros amigos ausentes en España... yo la estaba leyendo... cuando, por casualidad, dirigí la vista hácia Herman. En mi vida olvidaré la mirada que tenia clavada en vuestro rostro, ni la sonrisa sardónica y casi cruel que dió repentinamente á su semblante un aspecto de malignidad indefinible... Sorprendióme aquello tanto, que no pude reprimir un movimiento. Herman Forster volvió con viveza la cara hácia mí, y al ver que yo le examinaba, frunció el entrecejo, y púsose colorado cual si le incomodára el advertir que le adivinasen. Esta escena parecerá sin duda insignificante; sin embargo, gravó en mí una impresion, que se asemejaba en algo á la que el terror produce.

Despues de algunos instantes de silencio, madama de Bracciano dijo al

coronel con voz dulce:

—Escuchadme, Raúl, sois el mejor el mas noble de los hombres. Perdonadme el momento de involuntaria cólera que he experimentado; os creo incapáz de calumniar á nadie; pero tambien yo me encuentro arrastrada por demasiada afinidad, por demasiada simpatía hácia todo lo que es grande y generoso, para que pueda interesarme un corazon pérfido y perverso... Los sentimientos vulgares son tan agenos de vuestro corazon... que no podeis comprenderlos y ni aun confesároslos, cuando os sorprenden sin que vos mismo lo sepais. Lo que teneis por un presentimiento del interés que os tomais por mí... no es otra cosa quizá, que un movimiento involuntario de zelos contra un hombre á quien sin duda envidiais, aunque su felicidad sea bien triste y mezquina. Creedme... vuestra amistad se inquieta y alarma con razon; os juro que no conozco un alma mas pu-

ra, un carácter mas elevado que el de ese pobre extranjero... Ignoro lo que el porvenir puede reservarme; pero sea cual fuere lo que sobrevenga, cierta voz interior me dice, que la confianza que en él he depositado, jamás podrá verse engañada.

Mr. de Surville iba á responder á madama de Bracciano, cuando entró en el gabinete la princesa de Moxtlaur.





CAPITULO IV.

La despedida.

Aunque la mariscalca, Princesa de Montlaur, pasaba de los setenta años, su aventajada estatura parecia conservarse igualmente recta y airosa. Era imposible tener un aire

mas majestuosos; pero suavizaba aquella extremada dignidad una expresion de bondad encantadora, de ironía ingeniosa ó de aquella festiva dulzura, que raras veces se encuentra en las personas ancianas.

Vestia la princesa una bata larga y lisa de raso cenizoso, y una manteleta; cubrian sus manos unos mitones, y cobijábala una cofia de blondas negras á la usanza antigua. Llevaba sus blancos cabellos rizados y ligeramente cubiertos de polvos.

—Buenos dias, hija mia, dijo á madama de Bracciano besándola en la frente; y en seguida, tendiendo su blanca y descarnada mano al coronel, que imprimió en ella un respetuoso beso, le preguntó: Cuándo es la marcha, Raúl?

—Esta misma tarde, señora: venia á tomar vuestras órdenes para Viena.

—¿Esta tarde?.....¿tan pronto? Va-

ya que vuestro Emperador es inexorable.

—Ah! señora, respondió Raúl sonriéndose; por desgracia no tengo tiempo de renovar nuestra interminable disputa, ni de defender á mi Emperador contra los ataques que le dirigís.

No, yo no le ataco: creedme. No hago mas que juzgarle.... no hay duda que eso es bastante, y estoy cierta de que él hallará que es demasiado.

—Oh! en cuanto á eso, le gusta tan poco la censura como si fuese un Rey legitimo.

—Y puedes expresarte en esos términos, Raúl? tú, uno de los nuestros! cómo has permitido que te alucinen y hechicen de esa suerte.

— Pero á vos misma, tia, dijo madama de Bracciano que ya habia conseguido reponerse de su emocion y afectaba sonreirse... tambien os he visto

volver hechizada de las Tullerías, después de vuestra entrevista con el Emperador.

— Vos señora? dijo Raúl admirado; nada sabia yo de eso!

— Ay de mí! cada cual oculta sus pecados todo lo mas que puede; prefiero, sin embargo, contaros yo misma esa bella aventura, pues que Juana, con sus encantos de hada, lograria persuadirnos, y á mí tambien, que me he vuelto bonapartista. Oid lo que sucedió: cierta mañana, algunos dias antes del casamiento de mi sobrina, anuncióme un ayuda de cámara la visita de un caballero... ya no me acuerdo como me dijo que se llamaba, edecan del Emperador. Presentóseme un jóven muy lindo, el cual, con las espresiones mas cortes del mundo, me suplicó de parte de S. M. el Emperador y Rey, si así quereis llamarle, tuviese la bondad de pasar á las Tullerías al dia siguiente á las doce. Esta órden, disfrazada en

súplica, no me dió muy buena espina... como que nunca me habia yo contenido en hablar cuanto se me ocurría acerca del réjimen actual... y se me vino á la memoria el destierro de la discreta y hermosa duquesa de Chevreuse... En fin, contesté al edecan que obedecería las órdenes de que era portador. Al día siguiente me encomendé á la santa de mi devocion; me armé de todo mi valor, y envolviéndome bien en mi ropon de capucha, llegué á las Tullerías con toda felicidad. Ah! cuán dolorosamente se me oprimió el corazon al subir aquellas escaleras, donde vi por última vez aquella divina y adorable Reina! En fin, añadió la Princesa, dominando su emocion; entré en la galeria de Diana, no sé que nombre le dan ahora, conocí que se me esperaba porque desde los ugieres hasta los gentiles hombres de servicio...

=Hasta los chambelanes querreis decir, señora mariscalá, dijo sonriéndose el coronel.

La princesa amenazó á Raúl con el dedo y repuso: Tratáronme los chambelanes que estaban de guardia con la atención mas respetuosa. Anunciaron mi visita, lo que me pareció un acto de etiqueta un poco salvaje, y á poco rato me hallé cara á cara con el Hombre del Destino. Tuve miedo un instante; pero acudióme al corazón mi vieja sangre gala; puse semblante sereno, y como dice cierta sobrinita mia algo burlona, revestíme de mi aire de princesa, y monté en mi poderoso caballo de España y del Santo Imperio. Después de haberme ecsaminado un momento con ojos penetrantes me dijo Bonaparte.—«Tenia deseos de veros, señora máriscala.»

Hice una semi-reverencia, y respondí muy secamente en el tono de víctima rebelada:

—No he podido menos de obedecer las órdenes del Emperador.

Napoleon repuso:

—«Vuestro marido fué un excelente general... Mucho hizo por el ejército en su tiempo; además fué muy fiel á su Rey.... eso es laudable.... bajo cualquier réjimen, señora mariscalá.»

Estas palabras despertaron en mí un recuerdo harto penoso... Los viejos tenemos poca abundancia de lágrimas, y sin embargo me eché á llorar; Bonaparte, entonces, con una expresion de esquisita solicitud, me tomó la mano, y besandola respetuosamente, me dijo con inesplicable dulzura:

—«Perdonad, buena madre; no ha sido mi intencion angustiaros.»

—Pobre soldado! Habia en sus facciones, en sus acentos, cierta cosa tan buena tan penetrante, que... lo confieso... á pesar de la extraña familiaridad de esa expresion: ¡buena madre! sentime toda conmovida, cien veces mas conmovida que cuando al

concluirse nuestra conversacion me hizo saber que me devolvía nuestros bosques de Anjou y de Maine; en consideracion á la nobleza de mi carácter y á los méritos de mi marido.

—Y al casamiento de Juana con el duque de Bracciano, aunque todavía estábais agena de semejante circunstancia, añadió mentalmente el coronel.

—Y despues de eso, tia, ¿por qué os admirais de que Raúl haya sido hechizado así como vos misma?

—Y qué prueba cuanto he referido? que tuve una sorpresa de sensibilidad; no pasa de eso. Por cierto que lo siento tanto mas, cuanto que ahora ya no puedo decir todas las cosas malas que pienso de su Emperador (la Princesa señaló con el dedo á Raúl). Me ha colmado de favores, y tengo que callar mal que me pese... Por otra parte preciso es que me resigne á admirar las victorias que

asombran á la Europa entera.

—Tia, veis como no iba yo errada cuando dije que os habíais vuelto una bonapartista acérrima?

—Yo no tengo un átomo de bonapartista, señora duquesa; lo que tengo es mucha gratitud, y por desgracia en este punto se pueden contar poquísimas personas de mi opinion; pero escuchad, Raúl, antes de dejarnos, es preciso que prediques mucho á Juana.. Ah! ha! bien pudiera yo motejarla de republicana, y Dios sabe que no tiene escusa de que echar mano para cohonestar tan abominable doctrina.

—Quien sabe! dijo entre dientes el coronel, pensando en Herman Forster.

—Yo, tia? vaya una locura!

—Y locura verdaderamente deplorable hija mia; además que siempre he juzgado de los legistas por los pleitos que defendian, y de los partidos por los hombres que los abrazaban..

Así, por ejemplo y sin necesidad de ir mas lejos.... ¿cómo puedes ser de la opinion que profesa ese alemanzuelo, ese criado de tu marido?

—Tia! Mr. Herman Forster no es ningun criado...

—No toma salario del duque de Bracciano?

—Tia! vaya una espresion! Salario... salario!...

—Y qué nombre quieres que le dé? Siempre llamamos criados, y sin la mas leve intencion de herir el amor propio... puedes creerlo; á nuestros dependientes como secretarios, mayordomos, escuderos... Mi hermano tuvo á su servicio como mayordomo y con el salario de 4500 libras anuales, al abogado Duresnel, quien creo que es algo senador, me parece, ó contratista, y hasta dicen tambien le han hecho conde por añadidura. No veo la razon porque ese aleman se hubiese de considerar humillado con recibir salario de Mr. de

Bracciano... Pero, dejemos á un lado lo del salario y hablemos de su persona... Pues bien, hija mia, solo con mirar al tal representante de la opinion que te diviertes en defender, no debiera bastar para quitarte de la cabeza una broma que puede acabar en verte comprometida con gentuza semejante.

El coronel no desplegaba los lábios durante esta escena, contentándose con lanzar de cuando en cuando una mirada expresiva á madama de Bracciano. Esta, impacientada cada vez mas con las observaciones de la mariscal, le replicó con bastante viveza:

—Verdaderamente, señora, que venis hoy bien cruel.... Què daño os ha hecho ese pobre Mr. Herman? Es tan desgraciado ya, por qué, pues, os empeñais en abatirlo aun mas?

—No acabo de comprenderte, Juana, dijo madama de Montlaur con una expresion de asombro y severidad; nada

de comun puede haber entre ese hombre y yo. Jamás he carecido de compasion para con los desgraciados, pero siempre tendré por muy repugnante el que un extranjero se olvide de los favores que debe á sus protectores, hasta el punto de preconizar en su preseencia una revolucion que les ha costado un padre, un ábuelo, y tantos parientes y amigos...

—Tia!... vuestras reconvencciones me comprenden tambien á mi...

—No, hija mia, por qué habian de comprenderte? Buena y generosa en exceso, te interesas ciegamente por los desgraciados... cualidad que no puede ser mas laudable... Su imaginacion se complace en presentarte ideas de ilusion y romanticismo, las cuales tendrán, si quieres algunos visos de sublimidad... tampoco hay mucho mal en eso... Tus defectos son meramente la exageracion natural de tus bellas cualidades... No hablemos mas de esas pequeñeces. Paré-

ceme ese alemán el ente más ridículo del mundo, y á pesar de su facha de apóstol, de sus melenas, de su aspecto de mansedumbre, y de su lindo palmo de cara, tiene para mí todos los caracteres de un truhan consumado. Luego, le has reparado las manos alguna vez?... has visto que uñas tiene tan pálidas y lívidas? Será una necedad si se quiere, pero nunca me han inspirado confianza las personas que he visto con manos semejantes...

—Tía... vaya una locura!

—Llámala locura cuanto quieras; mas no por eso es menos verdad. Pues bien, no hablemos ya acerca de ese extranjero; lo que te encargo, solamente es que no dejes puestas las llaves en tu papetera cuando ese melancólico caballerecillo vaya á trabajar con tu marido.

—Oh! señora, qué sospechas tan feas! exclamó la duquesa indignada.

La mariscalá, sin advertir la emoción de su sobrina, se volvió hácia el coronel, y le dijo:

—No hay quien la saque de sus trece... en su concepto la maldad es imposible... sin embargo, me asisten poderosas razones para decir lo que digo... El otro día había ido ella á las Tullerías con su esposo... se me antojó, por casualidad, entrar á la biblioteca á buscar un libro, mas al pasar junto á la escalera, qué es lo que veo? A nuestro alemán rondando la puerta del aposento de Juana... en vez de estar ocupado en el trabajo que Mr. Bracciano le había mandado hiciese mientras él volvía... Yo te digo, añadió madama de Montlaur volviéndose hácia su sobrina, que hay en tu cuarto porción de diamantes, cuyo valor pasa de doscientos mil escudos, y el diámenos pensado vas á encontrarte sin ellos, como te descuides.

Madama de Bracciano, pálida, agitada, iba á estallar, cuando el coronel le dijo en voz baja.

—Silencio, que pudiérais perderos!

En aquel instante entró Mr. de Bracciano en el gabinete de su mujer, la cual consiguió á duras penas reprimir su emocion, mientras la mariscala tomaba un gran polvo de tabaco de España.





CAPITULO V.

Elduque de Bracciano

Los enemigos del duque de Bracciano decian que se asemejaba á una zorra acometida de la ictericia. Sus facciones afiladas y ladinas, sus ojillos penetrantes, que mi-

raban siempre por encima ó por debajo de sus gafas de oro, y su tez biliosa, hacian la comparacion bien razonable.

Esta mezquina humanidad estaba muy distante de indicar la voluntad férrea, ni la inflexible energia de aquel hombre, caractéres que tanto habian llamado la atencion del Emperador, y por razon de los cuales lo empleára en tan altos destinos.

Para añadir á este contraste, la voz de Mr. de Bracciano era muy delgada, y sus tonos chillones y siempre de perfecta igualdad.

Contábase que investido en el Tirol de poderes casi dictatoriales, habia decretado, sin dejar de traslucir la emocion mas leve, el suplicio de ocho reos, ejemplar necesario aunque terrible, y que pronuncié la sentencia sin que sufriese alteracion aquella vocecilla, aguda como el canto de la cigarra.

Después de haber saludado á madama de Montlaur, y dado los buenos dias á su mujer con toda cordialidad, dijo, dirijiendo la palabra á Mr. de Surville:

—Es verdad, querido coronel, que partís para Alemania? Vengo del consejo de Estado, y se ha dicho allí que debéis preceder en su viaje al príncipe de Neufchate.

—Si, señor, y por lo mismo he venido á despedirme de la señora duquesa y tomar sus órdenes.

—Bien sabéis el objeto de vuestra mision... aunque por otra parte no es un secreto ya... El emperador lo ha manifestado oficialmente al consejo.... Se divorcia de la Emperatriz Josefina para enlazarse con la archiduquesa Maria Luisa; el príncipe de Neufchatel es quien va á celebrar los desposorios con su Magestad Imperial en nombre del Emperador.

—Ya está la Emperatriz libre del

peso de su corona, dijo entre sí ma-
dama de Bracciano.

—Vuestro Emperador casarse con la hija de los Césares! exclamó la mariscalca despues de algunos momentos de silencio y de pasmo... En seguida prosiguió con acento de compasion: pobre soldado!... se conoce que no ha leído á Moliere... cuando va á contraer unas nupcias muy parecidas á las de Jorge Daudin.

—Ah! señora! dijo el coronel.

—Quien puede dudarlo? repuso la mariscalca: no ha dicho por ventura el gran filósofo del gran siglo: Quanto mejor hubiera yo obrado, aunque me encuentro muy rico, enlazándome con una familia campesina, buena y franca...? Ah! los hombres... los hombres! nunca se aprovechan de las lecciones que les dan los ejemplos!

—Señora mariscalca, dijo festivamente Raúl: confesad á lo menos que (y bien lo creo), Mr. de Sottenville se

habria guardado de decir... Chiton seor yerno... á un yerno semejante.

—Válgame Dios! juzga vuestro Emperador que formando alianza con el Austria, vá á serle fiel: ya vereis, ya vereis si el dia menos pensado, ese ladino ministerio ioglés, que tanto de-testo, porque siempre he abominado la anglomania, á la cual debemos nuestra perdicion, no desempeña al lado de la potencia susodicha el papel de Clitandro... añadió la mariscalca, sorbiendo de nuevo un gran polvo. Entonces podrá decir mi pobre soldado: Tu lo quisiste, Jorge Dandin; pero ya será demasiado tarde.

=Sois de muy larga vista! señora mariscalca, dijo el duque de Bracciano con aire serio y dando indicios de haberle causado profunda impresion las palabras de la princesa Montlaur.

—Es que he visto mucho y por largo tiempo.... dijo con melancolia la anciana.

Por un instante enmudecieron los actores de aquella escena, absortos en diferentes pensamientos.

El duque de Bracciano fué quien primero rompió el silencio, y dijo al coronel;—Supuesto que vais á Viena, quisiera mereceros la bondad de que os encargueis de una solicitud para la chancilleria del Imperio. Se trata de un pobre muchacho á quien tengo empleado conmigo en clase de secretario intérprete. Se comprometió en no sé qué lance político. Es una cabeza destornillada, ardiente, un Bruto de diez y ocho años de edad, que juzga son ideas sus recuerdos de colegio, y toma las ampliaciones que de ellos ha hecho por convicciones políticas.... por fin, es un niño que solo sueña en trastornos sociales y regeneraciones..... Todos, á la edad suya, hemos tenido la cabeza por ese estilo.

—Todos! señor duque, dijo la ma-

riscalca con aire glacial, no lo creo por cierto.

—Hemos convenido, señora mariscalca, en no hablar jamás de política, porque tendría yo de vez en cuando la pesadumbre de que no coincidieran exactamente nuestras ideas, dijo Mr. de Bracciano con aire impasible; y acto continuo repuso dirigiendo la palabra al coronel. Por fin, el sugeto de quien hablo es ese pobrecillo de Herman, que habeis visto aquí con frecuencia; se halla mas desvalido que las piedras..... es huérfano..... y desearia que anulasen la sentencia que le ha proscripto, á fin de que pudiera regresar á su pátria.

Ruborizóse madama de Bracciano, y Raúl detuvo al vuelo, por decirlo así, la mirada de asombro que dirigia á su marido.

La mariscalca permaneció insensible, al parecer, cuando oyó la nueva, y el duque prosiguió:—Ya he di-

cho cuatro palabras sobre este asunto á nuestro embajador, Mr. de Narbogne; no dudo que vuestra recomendacion, y tal vez la del príncipe de Neufchatel, puedan ser útiles á mi protegido, que por otra parte es acreedor á todo el interés que por él nos tomamos tanto yo como madama de Bracciano.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un aire tan natural y sencillo que disiparon las sospechas que por un instante habian nacido en el espíritu del coronel.

Haré cuanto esté de mi parte para complaceros, señor duque, contestó Raúl, y podeis contar con mis deseos de satisfacer completamente los vuestros. En seguida, saludando á madama de Bracciano iba á despedirse de ella, cuando, acordándose de Boisseau, la dijo: —Me permitís, querida prima, y vos, señor duque, que os recomiende antes de ausentarme uno de mis mejores ami-

gos, Mr. Anacarsis Boisseau? Acaba de llegar á París esta mañana misma; no podré tener el gusto de presentárosle; pero si me otorgais la gracia, él vendrá á ponerse á vuestras órdenes con una carta mia.

La mariscala miró á Raúl con suma sorpresa al oír el nombre de Boisseau, y tomó; sin desplegar los labios, otro cumplido polvo.

—Estaba agregado á la embajada de España, repuso Raúl. Se retiró de la diplomacia para dedicarse esclusivamente al estudio de las antigüedades. Es un sugeto muy acaudalado y con tiempo de sobra; un dechado de valor, de honradez y de lealtad. Yo le amo cuál si fuese hermano mio, y os agradeceré infinito, prima mia, toda la bondad que le manifesteis.

—Podeis estar seguro que recomendado por tales prendas y por vos, ocupará un lugar preferente entre nuestros amigos.

—Señora mariscal! añadió sonriéndose el coronel, podré también esperar vuestra benevolencia para mi querido Boisseau?

—Para Mr. Anarcasis Boisseau! Mucho me lisonjearé de hacer conocimiento con él, para servirme de la espresion de vuestras bellas abastecedoras contratistas y senadoras, contestó riéndose la mariscal, y añadió en un tono mas digno y lleno de bondad: bien sabeis, Raúl, que digan lo que quieran en contra los filósofos y los gaceteros, no hay quien tenga menos vanidad que las personas de nuestra clase, ó mas bien que nadie tiene mas orgullo en acatar el verdadero mérito. Vuestro padre era todo un gran señor, y se jactaba de tener por amigos al virtuoso Tronchet, y á nuestro querido abate Dellelle. Nunca me hablaba mi tio sin un afectuoso recuerdo del buen Marechal que por espacio de vein-

te años fué su médico y amigo. Daré pues, á Mr. Anacarsis Boisseau la acogida que merezca, y si eres de creer, su recibimiento deberá de serte muy lisonjero, aunque su nombre medio griego, medio pagano, disuene algun tanto á mis cristianos oidos. Bien sabes que me gustan mas los campesinos que las gentes de las ciudades: pero aun prefiero estas á las advenedizas.

=Advierto con suma pena, señora, que Mr. Boisseau va á desbancarme en vuestras gracias, dijo Gerónimo Morrison, duque de Bracciano, inclinando la cabeza con aire seco y cortés.

—Conozco el valor de las espresiones, señor duque; Mr. Colbert no fué advenedizo... sino venido, respondió la princesa de Montlaur, subiéndose orgullosa en su caballo de España y del santo imperio, como decia su sobrina, y dando á entender á Mr. de Bracciano lo intempestivo de su irónica observacion.

Deseoso de destruir esta ligera causa de desavenencia, repuso el coronel con acento festivo:—En vuestras manos, pues, dejo entregado á mi pobre Boisseau, señora mariscal, y le encomiendo á vuestra generosidad, y á la vuestra tambien, apreciable prima.—En seguida, volviéndose hácia Mr. de Bracciano, le dijo apretándole la mano cordialmente: Mr. Boisseau es mi mejor amigo... creo que no necesito reiteraros mi recomendacion. No es así?

—Descuidad, querido coronel.

—Ea!... adios, Raúl... Que volvais pronto!... bien sabeis que las personas de mi edad suelen irse á veces con bastante precipitacion... dijo la Princesa de Montlaur sonriéndose con melancolia.

—Ya volverá para hablar con vos de nuevo acerca del pobre soldado, el Emperador, dijo Juana tendiendo la mano á Raúl.

—No olvideis á mi ahijado, dijo el duque.

—Nada se me olvidará, respondió el coronel, contestando á estas diversas señales de cariño, y dirigiendo á su prima una espresiva mirada.

Aquella misma noche se puso el coronel en camino para Viena.





CAPITULO VI.

Relaciones.

Dos ó tres dias despues de la partida del coronel, estaba madama de Bracciano sentada en su gabinete. Herman Forster, distante algunos pasos de ella, tenia los ojos fijos

en el suelo aparentando timidez. Aunque contaba veinte y cinco años, su rostro era tan juvenil, que no representaba más de diez y ocho. No podían darse unas facciones más cándidas ni una fisonomía más encantadora; sus largos cabellos rubios, partidos en dos mitades según la moda de los estudiantes alemanes, le caían sobre el cuello en gran número de bucles; su perfil era de una regularidad tan pura como la de los bustos de la antigüedad clásica; sus ojos azules estaban sobrecargados de melancolía, y una boca rizada casi siempre por una triste y dulce sonrisa, completaba aquella figura hechicera.

Sus formas elegantes, esbeltas y garbosas nada perdían de su gracia natural con las sencillas vestiduras que las cubrían. Lo único que menoscababa aquel conjunto seductor era el tener unas manos en extremo cortas, con uñas chatas y lívidas; manos fa-

tales que parecían á la princesa de Montlaur de muy mal agüero.

Conservando el traje que se usa en las universidades de Alemania, llevaba una levita azul, un pantalón de igual color y botines negros que le llegaban hasta la rodilla.

Manifestaba Herman resistirse á una súplica que le hacia Juana.

—Mr. Herman, decíale ella con voz enternecida, por qué me rehusais esta prueba de confianza? No veais, os ruego, en mi petición un sentimiento de indiscreta curiosidad... estad cierto de que me estimula el interés mas verdadero.

=Ay! señora duquesa, respondió Herman con hechicera voz y acentos de profunda melancolia, qué he de deciros yo? Nada hay en mi vida pasada que merezca vuestra atención... Solo es una série de infortunios vulgares, áridos, monótonos; es el cuadro de la vida del pobre y del huér-

fano en su triste uniformidad. En los dolores que le pertenecen, señora, nada hallaríais de poético ni de grandioso... añadió con amargura.

—Es ese una reconvencion dirigida á mi? dijo con cariñosa voz madama de Bracciano: es posible que interpreteis de ese modo mis preguntas?

En seguida añadió, despues de un corto silencio:

—Teneis razon; he hecho mal en haceros esa súplica. Solo á las personas felices les es dado lanzar una mirada de satisfaccion ó de indiferencia sobre los tiempos que ya no existeo... Ay de mi! para el desventurado cada recuerdo es una pesadumbre!

—Si señora; el desventurado empero, que cuenta el número de sus años por el de sus pesares, se consuela al pensar que cada dia que transcurre le adelanta en su tarea... respondió Herman.

Pintóse en el dolorido abatimiento, en la vagarosa mirada de que acompañó estas palabras el jóven, tal vislumbre de desesperacion, que á Juana se le arrasaron en lágrima los ojos.

—De todos modos, señora, dijo Herman, jamás podré pagaros vuestras bondades.... Sois la primera, la única persona que se haya dignado dirigirme algunas palabras de compasion.

—De compasion! murmuró Juana.

—Por muy cruel que me sea esta triste confianza, debo hacérsela á mi bienhechora.

—Ah! comprendo tan á fondo la susceptibilidad de las almas delicadas!... Pero... recobraos... soy digna de oiros... por ventura, no son hermanas todas las almas que padecen? añadió madama de Bracciano bajando los ojos y la voz.

Fingió Herman no haberla oido, y comenzó su relacion en estos terminos:

—Perdí á mi padre cuando yo era

aun muy niño. Desempeñaba el modesto destino de recaudador de contribuciones en un pequeño lugar contiguo á Viena; mi madre le sobrevivió poquísimos tiempo: ella habia concentrado en mi toda su ternura. Los únicos recuerdos de mi infancia datan desde aquella época fatal. A veces despertábame por la noche, y casi siempre sorprendia á mi madre anegada en llanto, cubierta de sus vestiduras de luto, sentada á mi cabecera, y contemplándome con dolorosa ansiedad. Con piadosa veneracion he conservado algunos renglones que su mano trazára durante sus prolongados desvelos... Yo no debia leerlos sino mas tarde.... Un secreto presentimiento, escribia, le avisaba que tenia poco tiempo de vida, y queria pasar ese intervalo mirando á su hijo... por eso se privaba del sueño... No tardaria en dormir demasiado!...

—Pobre madre! exclamó Juana enjugándose una lágrima.

Herman prosiguió con voz enternecida:

—Ay! señora..... no se engañaba... Apenas espiró el año de luto..... cuando tambien me ví privado de mi madre.... Quédeme huérfano.... desvalido; el cura del lugar me recogió por caridad.... pues no me quedaba pariente ninguno.... Aquel sacerdote era el mejor de los hombres... dotado de una dulzura, de una piedad verdaderamente angelical. Por mi mala suerte, sin embargo, su esposa tenia un genio áspero y celoso; sin duda miraba con malos ojos el que su marido me prodigase casi los mismos cuidados que á sus dos hijos..... Es inútil decirlo, señora duquesa, lo que sufrí entonces..... pero muchos fueron mis padeceres; pues hubiera preferido morir á quejarme, á informar de mis sinsabores á mi bienhechor..... á participarle el desvio que su mujer me ma-

nifestaba. Para colmo de desventuras tambien, los dos hijos del ministro abrigaban la misma envidia que su madre; esquivaban cuantos pasos daba yo para hacerlos propicios; volvíanme la espalda con menosprecio.. Entonces íbame á orar y á verter mis lágrimas sobre la tumba de mi madre... El bondadoso cura estaba muy ageno de cuanto pasaba, al principio me reconvino suavemente por mi humor melancólico y aficionado á la soledad; sus hijos, mas bien por travesura que por maldad, le decian que yo era quien evitaba su compañía, al paso que la madre, lejos de desmentirles apoyaba sus suposiciones..... Gradualmente fueron haciéndose mas y mas severas las reconvenciones del buen sacerdote, y comenzaba á advertir que me trataba con frialdad.... Lejos estoy de vituperarle..... Dios es testigo..... pues que suponía que yo era culpable

respecto á sus hijos de ofensas que no tenían disculpa..... Llegóme al alma este descubrimiento..... El era mi único protector..... mi único amigo. A fin de no enagernarme su afecto, hice todos los esfuerzos imaginables para adquirir la benevolencia de su familia. Trabajo en balde.. Viendo esto, determiné apelar al último recurso.

Como no hallaba placer alguno en los juegos propios de mi edad, por verme precisado á entregarme á ellos solitariamente, busqué en el estudio algo que distrajera mis pesares, además que como el ministro se alegraba tanto y estaba tan satisfecho de mis adelantos, me estimulaba esta circunstancia para duplicar mi ardor.— Ah! cuantas veces me decía suspirando aquel escelente hombre: «Tienes un carácter sombio y orgulloso, y evitas la sociedad de aquellos que deberías considerar como hermanos tuyos... pero á lo menos cor-

respondes á los esmeros con que cuidado de tu educacion. Lo que únicamente me da pesadumbre, es que mis otros hijos no tengan la aptitud que tú tienes.» En efecto, sus dos muchachos mimados por su madre, y de edad mas avanzada que yo, estaban mucho mas atrasados en sus estudios, y yo me llevaba el premio en todas nuestras clases. Juzgué que quizás mis adelantos y mi aplicacion serian causa de los celos y del desvío que yo les inspiraba.

Anheloso de reconquistar á toda costa el cariño del cura, que irritado indudablemente con los falsos informes que á sus oidos llegaban, se iba volviendo cada vez mas frío para conmigo, al paso que conociendo me seria imposible conseguir mi deseo mientras su mujer y sus hijos continuasen siéndome hostiles, determiné dejar que estos últimos me ganasen ventaja en nuestros trabajos comunes... empecé á cometer yerros groserisimos con pleno conocimien-

to... y por la primera vez en el discurso de dos años, adelantáronme en el estudio los hijos del párroco.. Ay de mí! qué chasco tan cruel me llevé! esta victoria, que tan fácilmente les cedía, en nada mudó sus disposiciones para conmigo!

=Pobre desgraciado! exclamó la duquesa, enjugando sus lágrimas, al contrario, tal vez perderíais el único protector que el cielo os había dejado!

—Si, señora, si... Atribuyó el cura á pereza, á dejadez, el secreto sacrificio que yo hacia en pró de sus afectos mas caros. Llegó hasta el punto... aquel hombre tan bueno....! tan generoso! de echarme en cara el pedazo de pan y el rincon de casa que me daba, diciéndome que un holgazan, desagradecido y orgulloso, era indigno de que se le dispensára el interés mas leve... Oh! señora duquesa. os lo confieso; acogi por un instan-

te la cobarde idea de revelarlo todo al buen párroco, y á lo menos de salvar para mi, como único tesoro, el afecto de aquel hombre incomparable.. Con el alma llena de amargura, encaminéme al cementerio; mi dolor era tan profundo, tan insensato, que exclamé, arrodillándome y juntando las manos cual si mi madre hubiera podido oirme: «Oh! madre mia! ved el trato que dan al hijo vuestro!

—Desventurado! dijo Juana, levantando al cielo los ojos.

—Copioso fué mi llanto.... levantéme, empero, mas tranquilo..... el pensamiento de mi madre me habia inspirado noblemente..... ruboriceme de la idea vergonzosa que se me ocurriera de manifestar al cura la conducta injusta y cruel de su familia para conmigo..... Seria eso hacerle infeliz..... acibarar la existencia de un ser á quien yo lo debia todo, y el cual, sin saberlo, era el

instrumento de una intriga doméstica..... Preferí abandonar su casa sin dejar clavada en su corazón una idea dolorosa.

—Alma noble! alma llena de generosidad! exclamó Juana: ¿y que fué de vos, tan joven, pues que pocos serian entonces vuestros años, no es verdad?

—Señora, contaba meramente los quince. El párroco, en el momento de separarme de él, sintió despertarse en su corazón el antiguo afecto que me profesára; se empeñó en que me quedase: pero juzgué que los motivos de mi partida quedarían siempre en pie..... arrojéme á sus brazos por la vez postrera, y me alejé de su hospitalario techo.

—Y entonces á donde fuisteis?

—A Viena.... el cura me habia dado cartas de recomendacion para uno de sus amigos, sábio profesor establecido en aquella ciudad. Empleó-

me este en calidad de secretario traductor. Era de carácter adusto y duro; sobrecargóme de trabajo; pero á lo menos ganaba yo mi subsistencia con honradez. Mientras pude, sobrellevé aquella fatiga; á fin de complacerle, trabajé con todas mis fuerzas; pero, demasiado sin duda, porque de resultas de mis vijilias, harto prolongadas, caí enfermo de gravedad y tuve que ir al hospital de los pobres.....

—Dios mio! Dios mio! exclamó Juana.

—Largo tiempo permeneí en aquel asilo de la humanidad doliente. Lo que mas tuve que sufrir en él, fué aquella especie de familiaridad con que me trataba una turba de mendigos groseros y á veces criminales: la diferencia que la educacion habia establecido entre ellos y yo, hacia odioso un roce semejante; pero como no pudiese evitarlo ni dejar en

algunas ocasiones de dar muestra de disgusto, me ví el blanco de sus malos tratamientos; hallábame débil, veíame desvalido..... tuve que resignarme..... y sufrir.

—Es posible! no os habeis eximido de ninguna de las penas humanas! dijo Juana, fijando en Herman una mirada, ofuscada por un torrente de lágrimas.

—A pesar de todo, no dí cabida en mi pecho á la desesperacion; los muchos trabajos científicos á que en el trascurso de dos años me habia entregado en casa del profesor, dieron á mi educacion la última pincelada, y ensancharon el círculo de mis ideas. Conté con poder asegurar mi subsistencia en virtud de ese mismo trabajo..... Al salir del hospital, debilitado y sin recursos, fuí á ver al sabio que me habia empleado hasta entonces; pero otro secretario ocupaba ya mi

destino. De resultas de este contra-tiempo, tuve que pasar unos días bien amargos..... conocí el hambre, conocí aquellas luchas horribles que se traban entre la miseria que os insta á tender la pordiosera mano, y la verguenza que os la hace retirar.

—Oh! Dios mio! y eso tambien? dijo la duquesa ocultando la cara entre las manos.

—No pudiendo resolverme á mendigar, abandonéme á los pensamientos mas desesperados y siniestros, cuando una feliz casualidad hizo que encontrase un amigo del virtuoso cura que me habia educado; por su influjo, obtuve un empleo en una de las oficinas de la chancilleria del Imperio; vime puesto en salvo; durante algunos meses consideréme feliz, y casi juzgué asegurada mi futura suerte. Consagré mis ocios á perfeccionar mi instruccion.... pero un nuevo golpe vino á anonadar-

me: el párroco, que por caridad me habia recogido, murió, dejando en la indigencia á su muger y á sus dos hijos; estos, aunque eran de mas edad que yo y casi unos hombres hechos, no tenian habilidad aun para subvenir á sus propias necesidades... Sin embargo, el uno de ellos sentó plaza de soldado; el otro gozaba de una salud harto débil. Recogíle, asi como á su madre, en mi pobre habitacion. Ocupábame entonces en dar algunas lecciones, y tuve la dicha de ser útil á la familia del hombre que tan generoso se habia mostrado conmigo anteriormente...

—Y sin embargo, su familia se habia manifestado harto cruel para con vos!

—Solo tuve presente esa circunstancia para que mi comportamiento, respecto á ellos, fuese lo mas delicado posible. Hubiera sentido en el alma que aquellos desventurados creyeran que era mi intento sacar ventaja de mi posicion

para hacer que se arrepintieran de su anterior injusticia.

=Y en aquella vida tan laboriosa y áspera... Cuales eran á lo menos vuestras distracciones?... cuidado que no digo vuestros placeres.

—Cuando el trabajo me dejaba un rato de ócio, íbame, en verano á dar un paseo por la campiña; pero estos dias de huelga eran muy raros. Durante las noches de invierno solazábame con la lectura de nuestros poetas y la de aquellos que tanto lustre han dado y dan á vuestro pais, señora; no me quejaba de mi suerte; esta era, si se quiere, humilde, oscura, pero apacible á lo menos; casi me ensoberbecia al pensar que, merced á mi trabajo, yo un ser tan insignificante, lograba mantener á dos personas... Su sincera gratitud recompensaba mis desvelos... porque aquella pobre viuda y su hijo, reconociendo sus antiguas preocupaciones contra mi, me resarcian comple-

tamente de mis cuidados... El único pesar que me desazonaba era el creer que el pobre cura habia llevado al sepulcro impresiones que tal vez me hacian poco favor...

—Y qué ocurrencia pudo turbar la felicidad de una vida tan pura, tan noblemente ocupada?

—Un fatal arrebató, señora, por el cual me vitupero á veces en razon á la deplorable influencia que ejerció en el destino de aquellos dos desvalidos seres que me tenian por su único apoyo.

—No fué entonces cuando os afiliásteis en una sociedad secreta?

—Sí, señora duquesa... Pero al paso que me apesadumbra el impulso que me hizo abrazar la santa causa de la libertad, porque comprometia el porvenir de la familia de mi bienhechor, estoy y estaré siempre orgulloso de las convicciones que han dictado mi conducta... exclamó Herman, con las mejillas encendidas y los ojos centellean-

do de entusiasmo... Oh! señora! si supiérais qué guerra tan noble, tan santa, declaramos á la tiranía, al egoísmo, á la intolerancia...

—Quisimos salvar á la Alemania de la invasion francesa, y en recompensa de tan valiente obra, reclamar y conseguir de un envejecido poder las franquicias juveniles, cuyos gérmenes inmortales ha diseminado en la Europa vuestra sublime revolucion! Quisimos, en vez de prolongar contra la Francia una lucha sangrienta y estéril, sublevarla en nombre de la humanidad, contra el deslumbrador y desastroso despotismo que todavia pesa sobre ella!...

=Silencio!... tened cuidado!... exclamó la duquesa temerosa y asombrada á la vez, al oír á Herman desenvolver unas doctrinas tan peligrosas con tan noble exaltacion.

El jóven arrebatado involuntariamente por la violencia de sus opiniones, repuso, sin hacer mérito de lo que Jua-

na acababa de decir: No queríamos mas tirania ni mas reinados de violencia y destruccion; anhelábamos la paz, la prosperidad, una libertad prudente; deseábamos cercenar lo supérfluo á los ricos, proporcionar lo necesario á los pobres. Queríamos que el hombre fuese juzgado por sus acciones, por lo que en si valiese; que se abolieran los injustos privilegios de la cuna; queríamos lo mismo que todas las personas fieles á la gloriosa emancipacion del año 89; que entre nosotros no volviese á levantarse bajo una forma nueva el feudalismo abatido... Mas perdonadme, señora duquesa, añadió Herman bajando la voz y afectando un aire tímido y lleno de gracias, el cual hacia un notable y hechicero contraste con su pasajera esaltacion.— Perdonadme, señora duquesa... mis palabras deben ofenderos. Es una ingratitude en mí pronunciarlas en pre-

sencia vuestra... estoy en Francia... y recibo en vuestra casa una generosa hospitalidad....

—No sabeis, dijo Juana entusiasmándose á su vez, que á pesar de mi nacimiento, á pesar de la posicion que en esta corte ocupo, estoy por las victimas en contra de sus verdugos, por los que padecen en contra de los que gozan, por los que merecen en contra de los que poseen?... No sabeis, en fin, añadió raborizándose Juana, como si hubiese hecho una confesion explicita, que participo de todas vuestras ideas... y que todos vuestros padecimientos me llegan al alma? Pobre huérfano!

Pronunció madama de Bracciano estas últimas palabras con un aspecto tan conmovido, tan lleno de ternura, tendiendo á Herman su mano encantadora, que poco le faltó al jóven para arrojarse á sus pies; pero una timidez insuperable parecia contenerle;

ruborizóse, bajó los ojos, y, conmovido y turbado, dejó caer la mano de la duquesa, que por un momento habia tenido en la suya... Acto continuo, y cual si hubiese cedido á una lucha interior, despues de vacilar un instante, dijo á Juana:

—Perdonad... señora... si os dejo tan precipitadamente; pero no sé lo que me pasa... un vahido... un vértigo...

Y salió precipitadamente del gabinete de la duquesa.





CAPITULO VII.

Guillermina Bluter.

Anacarsis Boisseau habia aceptado el ofrecimiento de su amigo Raul. Hospedabase en las habitaciones de este, calle de la Victoria, mientras compraba una casa á su gusto.

Cierta noche fué despertado por su ayuda de cámara, que entró á avisarle que acababa de llegar un correo de Viena, ganando horas, y el cual era portador de una carta muy interesante que le enviaba el coronel.

Habia recibido orden el correo de darse la mayor prisa posible, y de presentarse á Mr. Boisseau aunque fuera á deshora de la noche.

—Qué diablos! dijo Anacarsis estregándose los ojos qué hora tenemos?

—Las dos de la madrugada, señor.

—Y donde está ese correo?

—En el comedor; Glapisson está encendiendo lumbre para que se caliente, porque esta cayendo un torrente de agua nieve.

—Estoy inquieto: que le habrá acontecido á Raul? dijo Anacarsis vistiéndose, la bata.

Encontró en el comedor al correo, que estaba puesto en pié delante de una bien nutrida lumbre, y acompa-

ñado de Glapisson, que le llenaba un vaso de bebida.

Con mucha dificultad, á través del lodo que le embadurnaba, podian distinguirse los galones y el color de la librea de aquel hombre, cuya cara jovial y cuetida no presentaba el vestigio mas leve de cansancio.

Al ver entrar á Boisseau, puso sobre la chimenea al vaso que iba á llevarse á los labios, saludó respetuosamente á Anacarsis, y le entregò la carta de Raúl.

—Supongo que el coronel no tiene novedad en su salud? dijo Boisseau.

—No, señor..... gracias á Dios, el caballero marqués sigue tan bueno..... Mandóme que rebentase una docena de caballos para llegar cuanto antes..... y que luego que descansára un par de horas, regresase á Viena si V. S. tenia alguna contestacion que darme.

—Cáspita, muchacho, no es poca dura la faena que traes entre manos, dijo Anacarsis, rompiendo el sello de la carta.

—Ah, señor, esto no vale un pito; en cierta ocasión tuve que ir desde Leipsik hasta Cádiz sin detenerme, y cuidado que para hacer que caminasen los postillones andaluces era preciso zurrar tanto al hombre como á la bestia..... Figúrese V. S. que gasté tres látigos..... mangos y todo.

—Eso se parece, repuso Glapison, á lo que hacia nuestro coronel Ledoux, el valiente entre los valientes, cuando aquellos canallas de alcaldes no querian facilitarnos razones, bajo pretextos de que no las tenian. Pues, señor, les obligaba á comer galletas de barro para enseñarles á no dejarse sorprender sin acopio de víveres.

Durante este interesantísimo colo-

quió, leyó Anacarsis con rapidéz las siguientes líneas, que su amigo Raúl había escrito precipitadamente:

«Mi sospechas eran demasiado fundadas..... Herman Forster es un bribon; es preciso que salga de Paris cuanto antes..... pero sin escándalo..... No vacilará en hacerlo tan luego como vea descubiertas sus tramas; para probarle que estoy informado de todo, no tienes mas que decirle los dos nombres siguientes: Guillermina; Butler: que se marche al momento á Bayona, donde recibirá nuevas órdenes..... Como que el retraso de un minuto puede ser fatal, cuento lo bastante con tu amistad para rogarte pases á casa de Herman Forster, á cualquiera hora del dia ó de la noche en que recibas esta..... Si le hiciere falta dinero se lo darás; pero cuida de que se marche al momento y verifique su partida, presenciándola tú. El bi-

jo, de mi portero, hombre de confianza y determinacion, le acompañará hasta Bayona, permaneciendo en aquella ciudad para vigilarle hasta nuevo aviso. Dado caso que Herman se resistiese á obedecer estas órdenes..... cosa que me parece imposible..... remitirás al instante una de las dos cartas que te incluyo á la señora Princesa de Montaur..... y harás que la otra llegue á manos del Emperador, llevándola tu en persona al gran mariscal de palacio..... No tengo tiempo de decirte por qué milagrosa casualidad he conseguido sorprender este secreto, porque tal es la prisa que tengo de libertar á quien tu sabes de tan horribles maquinaciones... Envíame de vuelta el correo, tan luego como Herman Forster se haya ausentado..... para que yo quede tranquilo respecto á este particular..... Se me olvidaba una cosa de la ma-

yor importancia, un hombre muy peligroso, llamado Pedro Herbin, debe de ser un asiduo visitante de Herman Forster.

«En caso de que este último se negase redondamente á salir de París, haz que Glapisson se afeite los bigotes, y se ponga en acecho cerca de la casa donde vive Herman, calle del arrabal del Rollo, número 56, y que espíe á los sugetos que puedan entrar allí, sobre todo que tenga la vista alerta sobre Pedro Herbin, le siga y dé cuenta de todos sus pasos.»

«Al verse descubiertos ese par de truhanes, no sería extraño que pusiesen en planta alguna empresa peligrosa antes que yo pudiera conseguir el resultado que espero de mi carta al Emperador; entonces cuida de que Glapisson redoble su vigilancia, si les viese rondar por las inmediaciones del palacio de B... El tal Pedro Herbin es un hombre de algunos sesenta años, y

aun creo que esté cojo. Una honda cicatriz le parte en dos pedazos el labio de arriba. Se me figura un sueño cuanto acaba de pasarme. La cabeza se me devana completamente en el caos donde estoy metido... Si un deber mas imperioso no me detuviera aquí, ya me habria puesto en camino; mas el Emperador me ha confiado una comision de la mas alta importancia, y aun tardaré cinco ó seis dias en cumplirla. A Dios, querido Anacarsis, á Dios y con suma prisa. No olvides nada de lo que te digo... nada descuides de cuanto te encargo... Va en ello la suerte de una persona á quien amo y respeto mas que á otra alguna en el mundo... Mi correo es un hombre activo é intrépido. Si no le despidieres de regreso al instante, utilízate de él; asi él como Glapisson me son muy adictos y te obedecerán como á mi propia persona.

Anacarsis Boisseau, despues de haber leído dos veces aquella carta, pu-

so á parte las destinadas para el Emperador y para la Princesa de Montlaur, y dijo al correo: «No marchareis hasta nuevo aviso; retiraos á descausar... en cuanto á vos, Glapisson, tengo que comunicaros una orden del coronel... en su conformidad...

Al oír estas palabras, llevóse Glapisson la mano á su gorra de cuartel, y se cuadró.

—Tal vez tendreis que afeitáros los bigotes, á fin de no ser conocido, y para que podais seguirle los pasos á un bribon de cojo que tiene malísimas intenciones.

—Contra mi coronel?

—No, Glapisson, sino contra los amigos de vuestro coronel, lo que viene á ser igual. Mas tarde os explicaré todo esto.

—Basta, señor, aunque sea muy duro el cortármelos, —y se atusó el bigote exhalando un hondo suspiro.—Estos han estado en Italia, en Egipto, en

España y en Alemania. Sin embargo, toda vez que el señor coronel así lo quiere, se hará.

En seguida Boisseau, dirigiéndose á su ayuda de cámara le mandó preparase lo necesario para vestirse.

— Vá á salir V. S.? preguntò José medio estupefacto.

— Sí por cierto, y dirás al portero que vaya sin demora en busca de un coche de alquiler; toda la noche se encuentra una bilera de ellos á la puerta de Frascati.

Media hora despues, Boisseau, bien embozado en su capa, se metió en el carruage, y dijo al cochero que le llevase á la calle del arrabal del Rollo, número 56.

Durante la caminata, regocijábbase Anacarsis de aquella ocasion que le proporcionaba el ser de alguna utilidad á su amigo Raúl. Merced á los pormenores que este le habia dado antes de su partida, respecto á madama de Brac-

ciano, sentia hácia esta señora el interés mas vivo.

Ademas, hallaba cierto orgullo en verse comisionado para un negocio de tanta importancia como delicadeza; al paso que su imaginacion calculaba ya de antemano las ventajas que iban á resultarle de prestar tan buen servicio á la duquesa.

Estaba la noche muy oscura y borascosa; la lluvia caia á mares.

Paróse el coche de alquiler á la puerta del núm. 56, calle del Arrabal del Rollo, la cual entonces contaba pocos habitantes.

Asomó Boisseau la cabeza por la portezuela, y vió una casa aislada, y de apariencia muy mezquina.

A cada lado de ella se estendian unas largas tapias, las cuales sin duda formarían la cerca de algunos jardines; la acera opuesta solo presentaba unos vastos y desiertos solares.

—Hum! tosió Anacarsis; esto tiene

trazas de garito de ladrones. Digna vivienda es la tal, por cierto, para un bribonazo semejante!..... Cochero, llamado.

—Dónde? Esta es una puerta de pasadizo que no tiene campanilla ni aldabon.

—Bueno, llamad con los pies y las manos.

—Ya, ya, dijo el cochero; quereis despertar á algun médico ó alguna comadre?

—Seguid llamando, y contad con un napoleon por vuestro trabajo, siempre que coasigais nos abran pronto; porque hace un frio de dos mil diablos.....

Tenia Herman el sueño muy ligero. Despertó sobresaltado con un golpe bastante fuerte que sintió dar á su puerta.

Púsose á escuchar, sobrecogido de un miedo involuntario.

Impelido por un movimiento de pu-

ro instinto, tomó un puñal que tenia envainado debajo de la almohada, y con el corazon palpitante, aguardó á que llamasen de nuevo, creyendo que se habia engañado.

Volvió á sonar en la puerta un segundo golpe. Enjugóse Herman el sudor frio que le bañaba la frente; pero esto no impidió que preguntase con voz firme: Quién es? Que se ofrece?

—Es un caballero que trae mucha prisa y solicita hablaros, dijo el portero.

—Me llamo Anacarsis Boisseau, añadió otra voz. Tengo que comunicaros caballero, un asunto de la mayor importancia.

Tranquilizado algun tanto Forster, soltó el puñal, encendió una bugia y rogó á Boisseau aguardase un instante. Habiéndose vestido, abrió la puerta, no sin resentir alguna emocion.

La fisonomia de Anacarsis ofrecia una curiosa mescolanza, de miedo, de

orgullo y de curiosidad.

Guardó silencio un breve rato el recién-venido, porque á pesar suyo le sorprendieron la hermosura, la juventud, y sobre todo el aspecto triste y cándido de Herman.

No podia creer que aquella melancólica y hechicera figura ocultase un genio tan perverso.

A despecho de su mal aventurado ensayo diplomático, Boisseau, en aquel momento decisivo, se hallaba muy apurado para explicar el motivo de su visita.

Tosió frecuentes hum, hum, y tardó lo mas que buenamente pudo en desembozarse.

Sorprendido Herman del silencio que guardaba Boisseau, le dijo con el acento dulce y perloso que le era usual:

Puedo saber, caballero, á quién tengo la honra de hablar, y á qué circunstancia he de atribuir una visita á hora tan insólita?

—Eso es justísimo, señor mio; eso es justísimo, apreciable señor, contestó Boisseau con voz algo insegura, pues que al pasear maquinalmente la vista alrededor, acababa de divisar la daga que Hermao, en su prisa por levantarse, no había ocultado sino á medias debajo de su almohada, y cuya hoja brillante y aguda resplandecía en la sombra, por efecto de la refracción.

—«Un hombre que se acuesta con un puñal, dijo entre sí Anacarsis, debe ser capaz de cualquiera cosa. Tiene razón Raúl..... á pesar de su cara de ángel, este es mas taimado que un tigre. El portero ha bajado á su cuarto, y por cierto que su facha es malísima; esta casa está aislada, y tiene una apariencia bien siniestra. Me encuentro solo..... la cosa va tomando el mismo carácter que mi aventura con los guerrilleros..... No parece á la verdad, sino que la suerte se empeña en equi-

vocarme siempre con ese descabellado de Boito!!

Pero estas reflexiones mentales no satisfacian la inquieta curiosidad de Herman.

El jóven repuso con cierto grado de impaciencia:

—Desearia saber, caballero, el objeto de vuestra visita..... son las tres de la madrugada, y no tengo el honor de conoceros..... preciso es que algun motivo muy grave.

—Gravísimo en efecto, amigo mio; de lo contrario no me hubiera tomado la libertad de venir á despertaros á hora tan intempestiva.

—Hablad, pues ya os escucho.

Volvió á titubear Boisseau. Por donde habia de empezar su relacion? Por dónde entrar en tan difícil conversacion? Al cabo recobró el ánimo, y llamando en auxilio suyo toda la destreza de que era dueño, dijo á Herman, con aire á la vez

paternal y misterioso:

—Jóven..... ciertos protectores vuestros, aunque desconocidos de vos, me envían á visitaros..... vuestra suerte les ha conmovido sensiblemente, y quieren prodigaros todo su favor..... Pero circunstancias ocultas les vedan explayar aquí su benevolencia toda..... A fin de que conociérais los plenos efectos de esta..... sería preciso que estuviéseis fuera de París.

=No entiendo una sílaba de cuanto me hacéis el honor de decirme, señor mio..... dijo Herman en tono muy frío, y clavando en Boiseau una penetrante mirada, la cual pareció muy siniestra al ex-diplomático.

Sin embargo, afectó este una presencia de ánimo, que verdaderamente no tenía, y repuso.

—Figúraseme, no obstante, mi muy caro señor, que me esplico con toda

claridad. Ciertos protectores ocultos tendrían la mayor satisfacción en veros salir de París y alejaros de esta población, residencia siempre peligrosa para los jóvenes, y que por otra parte solo ofrece un mediano atractivo para las personas á quienes la fortuna ha favorecido poco. Vuestros protectores os aconsejan, por el bien vuestro se entiende; tened la bondad de fijar vuestra atención en estas palabras.... os aconsejan digo, por el bien particular vuestro exclusivamente, que.. salgais de la capital... y viajeis por los países del Mediodía... Oh! allí los aires son salubérrimos... las campiñas pintorescas en extremo... y por ejemplo, Bayona... les parece un punto de residencia tan adecuado... que os lo indican con preferencia... Allí es, añadió Boisseau con aire misterioso.. allí es, joven, donde recibireis de ellos señales... señales inequívocas de interés, y tales, que os sorprenderán.....

que no podrán menos de sorprenderos.

— Señor mio, respondió Herman despues de un silencio asaz prolongado: me parecis un hombre de bien, y no puedo creer que hayais venido á mi casa á las tres de la madrugada coa el objeto de burlaros de mí. Juzgo, á no dudarlo, que os engaña alguna inexplicable equivocacion.

= Nada de eso, apreciable señor; no creo que vengo equivocado. Sois Mr. Herman Forster, que ocupa el destino de secretario en casa del duque Bracciano, es verdad?

— Efectivamente, soy ese idéntico Herman Forster, señor mio. Hasta ahí no os habeis engañado; pero sí estais en un crasísimo error suponiendo que tengo protectores públicos y ocultos... No entra por ahora en mis cálculos salir de Paris ni trasladarme á Bayona.

Creyendo dar un golpe maestro y decidir á Herman con un argumento sin

vuelta, sacó Anacarsis del bolsillo de su chaleco un rollo de papel, con su lacre y sello, mientras decía teniéndolo bien visible entre el dedo pulgar y el índice de su mano derecha:

La prueba, caballero de que este asunto va muy formal, es que esos protectores desconocidos, cuya existencia poneis en duda, me encargan os entregue en propias manos este cartucho que contiene cien napoleones .. Este dinero está destinado á costearos el viaje y sufragar los primeros gastos de vuestro establecimiento en Bayona... una vez trasladado á aquella ciudad, no sabeis lo que allí os espera!... dijo Boisseau, depositando el rollito en un rincon de la chimenea, juzgando haber triunfado ya victoriosamente de la negativa de su interlocutor. En seguida repitió con aspecto confidencial, saboreando sus palabras, por decirlo así, y dando ligeros golpecitos en el brazo de Herman.

—No, amigo mio, no sabeis lo que alli os aguarda!

Avanzó un paso el jóven hácia Boissean con aire desdeñoso, y de un revés echó al suelo el cartucho; saliéronse del papel los napoleones y rodaron por los ladrillos.

—Cómo, señor! exclamó Anacarsis.

—Ola! oro tenemos! dijo Herman mirándole de hito en hito..... con que oro, caballero?..... En efecto, este lance es sério de veras..... la cantidad es bastante crecida, y los que os han enviado acá deberán tener mucho interés en alejarme de París....

—Quien debe tenerlo sois vos, apreciable amigo; creedme, recoged esas monedas; yo os ayudaré, si gustais..... Aprovechaoos de la fortuna.... partid para Bayona... es lo mejor que podeis hacer.

—¿Es esa vuestra opinion, caballero?

—Y tanto!..... Tengo la comision de acompañaros hasta la diligencia; haced lo que se os pide.... No os obstineis en lo contrario..... no persistais en una resistencia inútil..... La sogá siempre quiebra por lo mas delgado, y la olla de barro no debe chocar contra la de hierro.

—De veras? y si yo no quisiese obedecer á esos protectores desconocidos?... qué me aconteceria?

—Mirad, caballero; os espondriaís á riesgos inmensos.... pero quién duda que os avendreis á la razon, y que accedereis á lo que de vos se ecsije?... De lo contrario...

—Como de lo contrario! replicó Herman fijando en Anacarsis unos ojos que parecian empeñarse en leer hasta el fondo de su corazon.

—De lo contrario, repitió con viveza Boisseau, que tanto por miedo como por impaciencia queria llevar aquella escena á su término; de lo

contrario, señor mio, os obligaré á obedecer con solo pronunciar dos palabras... dos palabras bien sencillas.

—Esto pica en historia; oigamos esas dos palabras... porque estoy resuelto! me entendeis bien? absolutamente resuelto á permanecer aqui!

—Cuidado! Temed!

—Pocas son las cosas que me causan temor...

—Pues bien, tanto peor para vos.. Yo desearia en atencion á vuestros pocos años, economizaros .. con toda sinceridad hablo... unas memorias humillantes... pero me obligais á hacerlo... las dos palabras son... son... vaya! llévese el diablo estos vocablos alemanes!... exclamó Boisseau... por fortuna he traído conmigo la carta de Raúl!...

Registróse los bolillos el ex-diplomático y sacó de uno de ellos el pliego que le habia dirigido el coronel; acercóse á la bugia é hizo un gesto

de triunfo luego que recorrió con la vista algunos renglones de él, cual si anticipára el efecto que iba á producir... Estos nombres son: Guillermina Butler.

—Guillermina Butler! exclamó Herman, tornándose mas pálido que un espectro, y arrebatándole á Boisseau la carta de las manos.

—Señor mio, este es un indigno abuso de confianza.

Y Anacarsis, rojo de cólera, se precipitó sobre Herman para recobrar su carta.

De resultas de la lucha, la única bugia que alumbraba aquella escena cayó al suelo y se apagó.

El candelero de cobre, rodando por los ladrillos, produjo un sonido agudo y metálico, cuyo eco, en el profundo silencio de la noche, se dilató por largo tiempo.

Sobrecogido de miedo, gritó Anacarsis: «favor! favor!»

—Por la muerte! callad! dijo Herman en voz baja, esforzándose por volver á encontrar á Boisseau entre las tinieblas.

A pesar del grito de Anacarsis, no padeció alteracion el silencio que en la casa reinaba; lo único que se oyó encima del techo de la vivienda ocupada por Herman, fué un ruido sordo y brusco, cual si procediese de alguien que se arrojára precipitadamente de su lecho.

En seguida, la misma persona sin duda, bajó descalza del piso superior, empujó la puerta de Herman, que se habia quedado entornada, y una voz hueca y ronca dijo de recio: que ha sucedido por acá? se están matando por ventura?

—Pedro Herbin! sois vos? dijo Herman.

—Sí, respondió la voz.

—Este es el cojo!... el hombre peligroso, dijo entre sí Boisseau, temblan-

do de pies á cabeza al sentir que Herman le agarraba en la oscuridad.

—Entrad pronto, repuso el jóven... ya tengo asido al hombre. Encended la bugia... los chismes de encender están encima de la chimenea.

—Y qué hombre es ese? preguntó Pedro Herbin acercándose.

—Un emisario de ese infernal coronel, y que está enterado de todo; han sorprendido mi correspondencia epistolar con Guillermina Butler.

—Rayos y centellas dijo Pedro Herbin, y al instante hizo salir una luz vivísima de un frasco fosfórico, la cual iluminó con su verdosa claridad las feas y repugnantes facciones de aquel hombre.



CAPITULO VIII.

Pedro Herbin.

Pedro Herbin podría contar cincuenta años sobre poco mas ó menos, tenia su enorme cabeza cubierta de un monte de cabellos espesos y herizados; unas pobladísimas

cejas le tapaban á medias sus ojillos, cuyas niñas eran de color celeste sucio. Su cara macilenta y terrosa estaba casi ocultada por unas barbas cortas y espesas, á las que en muchos dias no se habia arrimado la navaja del barbero.

Sus facciones eran siniestras, duras, su lábio superior hendido como el coronel lo habia escrito á Boisseau, añadia aun mas fealdad á su rostro.

Luego que se encendió la bugia, fué Pedro Herbin á cerrar la puerta con dos vueltas de la llave, mientras que Herman leia con ansia la carta de Raül, de la cual se habia apoderado.

Boisseau, sobrecogido de terror, gritaba: Esta es una celada abominable! Os intimo que abrais esa puerta! ningun derecho teneis para retenerme aqui!

Sin darle ninguna repuesta; lle-

góse Pedro Herbin á donde estaba Herman, y apoyando su horrosa faz en el hombro del jóven, leyó con él la carta de Raúl, sonriéndose de cuando en cuando con aspecto feroz.

—Guillermina Butler! exclamó el monstruo despues de haber recorrido algunos renglones y pateando de rábia..... Guillermina Butler! ¿Y cómo habrá conseguido dar con ella? Muerte y eterna condenacion! bien te dije yo que no debias escribirle una letra.....

— Que no debia, eh? contestó Herman y para..... detúvose el jóven y habló una palabra al oido de Pedro Herbin.

—En ese caso, repuso este, se conviene en entenderse por cifra....

—Ya! no se puede caer en todo..... y especialmente prever lo imposible, dijo con impaciencia Herman..... Quién hubiera pensado que

ese coronel del demonio llegase á descubrir una mujer desconocida y oculta en el arrabal mas oscuro de Viena? Es una fatalidad..... un acaso inexplicable, del cual dudaria yo si no fuese por esta carta maldita, añadió pateando tambien con rábia.

Desde el principio de aquella escena, parecian haber sufrido las facciones de Herman una completa transformacion; su fisonomia, ordinariamente tan apacible, presentó una expresion dura y sardónica, al paso que sus manos, tan encogidas siempre, manifestaban la violeacia de sus resentimientos.

Anacarsis Boisseau continuaba pegado á la puerta, y esforzándose por abrirla, mas como no pudiese conseguir su intento, golpeóla con toda su fuerza gritando: «socorro, socorro.»

Sea que los dos iniquitos de aquella aislada casa estuviesen seguros de la complicidad del portero, sea que se

hallasen ciertos de que este no podia oír los gritos de Anacarsis, no hicieron caso alguno de sus clamores y prosiguieron leyendo:

=Ah! ved ahí lo que dice respecto de mí, dijo Pedro Herbin, al llegar al párrafo que le concernia; todo está esactamente descrito... hasta mis señas particulares... podria tomarse por la requisitoria de un prefecto de policia...

—Señor Señores exclamó Boisseau, que viendo lo inútil de sus tentativas para escapar de aquella huronera, comenzaba á concebir serios temores.-- En nombre de la ley, os intimo que me abrais la puerta... bajo esta condicion os prometo no decir una palabra á nadie sobre esta indigna violencia.

Herman y Pedro Herbin se miraron en silencio, despues de haber leído la carta.

—Ante todo, dijo Pedro Herbin,

haciendo un gesto significativo y señalando á Boisseau, que estaba á sus espaldas, es preciso desembarazarnos de este.

—Señor, señores: volvió á gritar Anacarsis... protesto... declaro... que esta es una accion indigna... He venido con toda confianza á casa de este caballero; el señor coronel de Surville ha preferido valerse de medios conciliatorios... Quereis que se arrepienta de su leuidad?

—No hay que andarse en escrúpulos, dijo Herman, sin darse por entendido de las palabras de Boisseau; basta con él para echar á perder todo, para descubrir cuanto está oculto.

—Y esas cartas dirigidas al Emperador y á la princesa de Montlaur? preguntó Pedro Herbin.

—Le registraremos despues... dijo Herman con suma frialdad.

—Qué es eso de despues? exclamó Anacarsis. Cuál es el sentido de esa

espresion? Ah! y qué es lo que intentais hacer conmigo antes de ese despues?

—Lo que intentamos hacer contigo, amiguito embajador, dijo Pedro Herbin adelantándose lentamente hácia Boisseau con aire feroz, es reducirte á la imposibilidad de desatar la lengua y de hacernos perjuicio, aunque no merezcamos el nombre de truhanes con el cual nos apoda tu amigote Surville.

—Desdichado de mí! querréis asesinar-me? exclamó Boisseau juntando las manos con terror.

Pedro Herbin y Herman trocaron miradas de inteligencia.

—No osaríais cometer tan abominable crimen! repitió Boisseau poniéndose pálido.

—Eso es seguro, contestó Pedro Herbin, mientras que Herman volvía á leer con atencion devoradora la carta del edecan del Emperador, y daba muestras de reflexionar profundamente sobre al-

gunos de sus párrafos.

—En primer lugar, donde están las otras cartas que te ha enviado ese almirarado coronel? repuso Pedro Herbin.

—Podeis registrarme hasta la camisa; no las traigo conmigo. Las he dejado en casa de Mr. Surville... calle de la Victoria.

—Ah! conque se han quedado en la calle de la Victoria? ya! se entiende... bajo la custodia de Glapisson, el que ibais á soltar para que me siguiese la pista.

—Están encerradas dentro de mi gaveta, cuya llave es esta... miradla.

Acercóse Pedro Herbin á Herman y le dijo algunas palabras al oido. El jóven hizo un gesto de aprobacion; puso sobre la mesa papel, tinta, una bujía, y despues se paseó de un lado á otro del cuarto con aire de mucha agitacion.

Llegóse de nuevo á Boisseau Pedro Herbin, y apretándole la muñeca cual

si fuese su mano un tornillo de hierro, le dijo:

—Siéntate junto á esa mesa y escribe.

—Pero...

—Ah! no hay pero que valga... Rayo de Dios, no soy aficionado á perros....

—Y qué he de escribir, pues?

—Escríbele al tal Glapisson que le envías la llave de tu gaveta, y que venga á traerte aquí las dos cartas que te ha remitido el coronel, la una para la princesa de Montlaur, y la otra para el Emperador.

—Qué... á traer á ese hombre honrado para que caiga en lazo semejante? y quizás para que se le asesine despues! exclamó con acento determinado Anacarsis... aunque me costára perecer mil veces, no lo haria yo, nunca, nunca.

—Ah! te niegas á ello? dijo con voz bronca Pedro Herbin, é hizo brillar

delante de los ojos de Anacarsis la aguda hoja del puñal de Herman.. Mira bien esto .. Palpa esta punta... escribe... ó mueres.

Sia ser hombre dotado de un valor extraordinario, era incapáz Anacarsis Boisseau de cometer una iofamia por cobardía; á pesar de su terror, hubiera arrostrado cualquier peligro antes de comprometer aun mas los intereses que el coronel le habia confiado.

Por fortuna, iluminó súbitamente al ex-diplomático una idea luminosa, que produjo una reflexion muy sensata.

Con grande asombro de Pedro Herbin, que seguia blandiendo siempre su puñal con aire terrible, pareció Boisseau recobrar ánimo poco á poco; se recostó en su silla; cruzò las manos sobre el estómago; hizo molinete con sus dedos pulgares; miró de hito en hito á Pedro Herbin,

y le dijo, encogiéndose de hombros:

=Soltad ese puñal no me infundis miedo..... no os atreveríais á asesinarme. Mi coche está aguardándome á la puerta; uno de mis criados fué quien lo alquiló. Al ver que yo no bajo, el cochero llamará aquí para que le dén razon..... y quizá no tardará mucho en hacerlo..... Y qué respuesta podeis darle? Que le despido y mando que se vaya? Bueno? pero mis sirvientes, desazonados con mi larga ausencia, viendo que no regreso, irán á dar parte á la policia; no será difícil encontrar el cochero de alquiler que me ha traído acá, y él indicará precisamente la casa..... Os prenderán..... Asi es que ahora me importa tanto vuestras amenazas como esto y el valiente Anarcasis castañeteó sus dedos con la mayor frescura.

Esta observacion pareció hacer algun efecto en los dos cómplices.

—Vamos..... vamos, dijo Pedro Herbin, no eres demasiado idiota para la edad que tienes. Nos apuntas una buena idea..... no temas por tu vida..... tranquilizate..... creíamos que eras mas collon de lo que eres en realidad, y esperábamos sacar partido de tu miedo para conseguir las cartas que tienes todavia en tu poder..... Pero esas cartas ya vendrán á nuestras manos de una manera ú otra; esa es cuenta nuestra; respecto á tí, permanecerás encerrado en esta casa hasta que hayamos terminado los asuntos que tú esperabas embrollar perfectamente.

—Ta.....ta.....ta? repuso Boisseau con mas ánimo, y muy envalentonado con su primer triunfo; tan difícil es que me retengais aquí en calidad de preso, como que me mateis. En uno y otro caso ha de ser igual la zozobra de mis criados, y el éxito será uno mismo para voso-

ros, merced á la declaracion del cochero de alquiler. Tambien he estudiado leyes, y conozco la pena en que incurren los que detienen con violencia á las gentes en prisiones ilegales, y vosotros me pareceis demasiado astutos para esponeros á castigo semejante.

—Amiguito embajador, agradecemos infinito el buen concepto que te debemos, suponiéndonos dotados de mucha astucia, y á mi de probarte que esta habilidad no nos falta, haremos que te quedes aquí.

—Dejadme en paz, contestó Boisseau enoogiéndose de hombros; este es un nuevo lazo que me tendeis con el objeto de sacarme alguna otra carta; pero no lo conseguireis... Lo mejor que podeis hacer es, franquearme la salida, querido señor del puñal, y vos, Mr. Herman Forster, creedme, obedeced las órdenes del coronel, y tomad cuanto antes el camino de Bayona....

Habiendo hablado así, levantóse de su asiento Anacarsis con aire de suma satisfaccion, y se dirigió hácia la puerta.

—El que se empeña en probar demasiado, llega á no probar maldita la cosa... dijo Pedro Herbin haciéndole una seña para que volviera á sentarse. Te digo que no saldrás de aquí por ahora. Fácil me seria quitarte la llave; pasar á la calle de la Victoria; pedir á Glapisson las cartas en nombre tuyo, ó bien atraerle á esta casa, diciéndole que lo necesitabas tú; pero tendríamos que esponernos á correr el riesgo de que se sospechase de nosotros, y tener que dar esplicaciones que no me cuadran absolutamente. Ahora, si Glapisson me fastidiase, yo tendré buen cuidado de deshacerme de él por otro medio.... y supuesto que te tomas tanto interés por lo que nos incumbe, voy á tranquilizar tu conciencia respecto á nuestra actual violacion del derecho de

gentes, como tu lo llamas.

Escúchame, y quedarás enterado de un plan, no malamente calculado. Herman va á tomar tu capa. El y tú sois de igual estatura; la noche está mas negra que boca de lobo, y el cochero alquilon no conocerá el engaño, y le equivocará fácilmente contigo. Hará Herman que le lleven pian pian á uno de los arrabales mas solitarios; dará un luis á su conductor, encargándole se pase por la calle de la Victoria para avisar á tus sirvientes que no estén con cuidado por ti, si no volvieres á tu casa al dia siguiente, porque te has visto precisado á partir para Versailles, en donde permanecerás uno ó dos dias ocupado en comisiones de mucha premura que el coronel te encarga. Tus criados han visto llegar el correo; tú saliste de casa á deshora de la noche, y por consiguiente nada les parecerá mas natural que esta corta ausencia mo-

tivada por circunstancias tan graves.
=Así es que todos estarán tranquilos por espacio de un par de dias. Al tercero comenzarán á entrar en cuidado pero no harán investigación alguna hasta el cuarto dia; ahora bien, nosotros estamos ciertos de haber ejecutado nuestros planes pasado mañana á mas tardar; una vez hecho esto, no permaneceremos en París una hora. Hasta entonces, agudísimo racionador, tendrás á bien habitar una modesta vivienda, poco distante de donde estamos. No grites ni armes bulla, porque seria trabajo perdido; tu obstinacion seria como insinuaste ahora poco, el choque de la olla de barro y la de hierro. Dentro de tres ó cuatro dias te verás en plena libertad; bien ves que no somos tan diabólicos como pudiera darte á entender nuestra facha. Estoy viendo oro esparcido por el suelo... Ya caigo, ya, seria para costear los gastos del viaje á Bayona. Está bien; con estas mo-

nedas, porque á la verdad no tenemos de ellas una gran cosecha propia, acopiaré para tí abundantes provisiones; tendrás tus periódicos, tus libros, por fin, cuanto pueda hacer soportable tu cautiverio. Y bien poco es lo que hacemos en obsequio tuyo, cuando eres el instrumento que impide la ruina de nuestros proyectos mas caros... añadió Pedro Herbin con aire socarron.

El desventurado Boisseau nada halló desgraciadamente que contestar á estas amenazas.

El peligro, despojado ya de toda exageracion, parecia mas positivo que antes. Preveia con dolor, que por falta de oportuno aviso quizá de resultas de no ser posible llegase á manos de la princesa de Montlaur la carta que Raúl la dirigia, iba á hallarse indefensa la duquesa de Bracciano contra los perversos designios de Herman Forster, á quien tambien interesaba inmensamente obtener el sigilo de Anacarsis.

El medio á que apelaban aquellos dos entes desalmados para conseguir sus fines era infame, sin duda, y sujeto á severas penas; mas ellos parecían estar demasiado resueltos á llevar á cabo sus miras, para temer cualquier castigo.

En cuanto á resistirse á viva fuerza, no tenia probabilidad de buen éxito. Pedro Herbin era un hombre muy robusto á pesar de sus años, y con el auxilio de Herman, debería inutilizar todos los esfuerzos del cuitado Boisseau.

Despues de haber pesado las razones que en pró y en contra se le ocurrían, rindióse Anacarsis, suspirando, al destino del cual no le era dable eximirse.

—Conque estás convencido ya?... así lo espero, díjole Pedro Herbin.

—Ciertamente estoy convencido de que sois capaces de esta violencia. Sin embargo, toda vez que sea la codicia vuestro móvil, os ofrezco dos mil napoleones, bajo la condicion de que me

pondreis en libertad, y saldreis de París sin pérdida de tiempo.

—Ola! segun eso crees firmemente que somos unos consumados bribones... dijo Pedro Herbin.

—Vamos á ver... pujaré hasta tres mil napoleones... Pero el hijo del portero de Mr. Surville habrá de acompañaros para asegurarse de que partís realmente, dijo Boisseau, creyendo por este medio apaciguar los escrúpulos de aquellos hombres.

—Aunque subieran tus ofrecimientos hasta cuatro y cinco mil napoleones, entiendes? no conseguirás lo mas mínimo de nosotros. Asi es la gente de nuestra calaña, dijo Pedro Herbin; mas ahora que me acuerdo, tu coche-ro deberá estar aburrido á estas fechas, y será preciso que se vuelva contigo ó con tu capa, lo que viene á ser todo uno... pero antes importa ponerte en seguridad... no seas niño, porque no estás en disposicion de resis-

tirte contra nosotros, y te prevengo que si te resistieres, en vez de darte golosinas, te pondré á pan y agua. Tenemos aquí un excelente escondijo... No es necesario informarte del objeto á que estaba destinado. Lo único que te aviso es que, por via de mayor precaucion, no tendrás otra luz que la que el buen Dios dispensa á la naturaleza. Estás listo?

— Os ofrezco hasta cinco mil napoleones, y os empeño mi palabra de honor que sobre todo esto guardaré eterno sigilo.

Encogióse de hombros Pedro Herbin, y dijo á Boisseau:

—Vamos, me sigues por bien ó por mal?

—Sois unos infames!... Guiad... que os sigo; contestó Anacarsis, viendo perdida toda esperanza.

Tomó Pedro Herbin la bugía, y abrió la puerta de una especie de gabinetito que comunicaba con uno de los lien-

zos de pared de la alcoba de Herman. En el fondo de aquel gabinete estaban amontonadas varias maletas atestadas de ropas de uso.

Tocó, sin duda, Pedro Herbin alguna oculta cerradura, pues lo que parecía pared se abrió como la hoja de una puerta grande, y dejó ver un cuartito amueblado con bastante elegancia; pero alumbrado exclusivamente por una claraboya muy estrecha, guarnecida de un sólido enrejado, y tan alta, que aun cuando se pusiese sobre la cama la única silla que habia en aquella habitacion, no hubiera sido posible alcanzar á ella.

— Bien ves, dijo Pedro Herbin á Anarcasis, el cual entraba con precaucion en aquella jaula, bien ves que tu alojamiento no es del todo malo..... Lo peor es que habrás de pasarte sin lumbre..... esto se hace tambien por mayor cautela..... Aho-

ra te queda el recurso de no levantarte de la cama.

—Segun eso, no teneis ninguna compasion! suspiró el desventurado Anacarsis.

—¿Ninguna compasion? respondió Pedro Herbin con ironía: ¿y puedes decir tal cosa?.....¿á qué hora quieres almorzar?.... á que hora quieres comer?....

—Acostumbro á desayunarme á las once y comer á las seis, respondió Anarcasis arrancando un hondo sollozo.

=Sereis servido lujosamente, Monseñor, y con la mas escrupulosa exactitud, dijo Pedro Herbin haciendo á su prisionero una grotesca reverencia, y saliose cerrando tras sí la puerta de aquel escondrijo, la cual estaba formada de un tablon muy grueso de roble, reforzado con numerosos barrotes de hierro.....

En conformidad á lo que habian convenido los dos cómplices, embozóse Herman en la capa de Anacarsis, salió de la casa, metiose en el coche de alquiler, y se fué á apear al Boulevard de los Inválidos, despues de haber mandado al cochero, á nombre de Anacarsis Boisseau, fuese á la calle de la Victoria para decir á sus criados que no le aguardasen en dos ó tres dias.

CAPITULO IX.

Una visita.

No habia sentido madama de Bracciano nacer en su corazon la mas leve sospecha contra Herman de

resultas de la conversacion que habia tenido con el coronel.

Dolorosamente lastimada al oir las que ella suponía calumnias en injusto descrédito de un hombre á quien creía tan digno de su amor, habia atribuido las palabras de Raúl á envidia... y á celos...

El afecto de Juana para con Herman habia llegado á su colmo desde que él le contára las vicisitudes de su vida con tanta candidez.

Desde aquel dia (que fué el anterior á aquel en que Boisseau quedó encerrado en la casa del arrabal del Rollo), madama de Bracciano meditaba una gran resolucion.

Incapaz de cometer deslíz alguno, parecióle que el divorcio únicamente pudiera proporcionarle el medio de conseguir sus fines, y de conciliar su pasion con sus deberes.

No queria, sin embargo, confiar á Herman ninguno de sus proyectos; su-

poníale dotado de tal delicadeza y de una susceptibilidad tan esquisita, que no dudaba se opusiese con todas sus fuerzas á la determinacion que ella se preparaba á tomar.

Algunas veces que madama de Bracciano, en sus conversaciones con el expresado jóven, habia suscitado indirectamente esta cuestion, se habia manifestado Herman tan formalmente decidido en contra, que le creia capaz de alejarse de ella para siempre, antes de ser causa de un paso que nunca deja de ser gravísimo para una mujer.

Respecto al amor de Herman, estaba satisfecha de él con toda sinceridad.

Cuando amamos candorosamente; cuando el afecto y el heroismo caracterizan nuestra pasion, imposible nos es suponer que nuestros sentimientos no sean correspondidos. Además, las miradas á hurtadillas, las palabras á medias, los suspiros, las distracciones, las ena-

generaciones mentales de Herman, no se le habian escapado á Juana, al paso que sin necesidad de otro motivo, bastaba solamente la conciencia de su propio mérito y de su posicion en el mundo, para que, en sentir de la duquesa, aceptase Herman su mano con éstasis, tan luego como se la ofreciera.

Madama de Bracsiano nada tenia que vituperarse á si misma; su marido vivia casi siempre apartado de ella; ninguna simpatia, ningunos vinculos de igualdad de edades ni de caractéres existian entre ellos. Por una noble adhesion á su familia, habia la jóven contraido aquel enlace; las leyes autorizaban el divorcio con el fin de poner un remedio á las profundas incompatibilidades que traian en su séquito los casamientos de la especie del suyo. ¿Y podria darse cosa mas leal, mas justa en todo rigor, que el solicitar el goce del beneficio que semejante ley proporcionaba?

Unicamente las mujeres son capaces de persistir con inflexible obstinacion en los propósitos de su voluntad. Solamente á ellas les es dado aventurarse tan animosos en medio de los acontecimientos mas incierto sin consejo, sin apoyo, con la esperanza por única guia.

El carácter de madama de Bracciano era muy original. No tenia amigas intimas, y odiaba las confianzas. El verdadero amor vive de sí mismo, para sí mismo y por sí mismo. Así es que ella con nadie hablaba de sus proyectos, aguardando con calma que llegase el momento de obrar.

Al dia siguiente del encarcelamiento de Boisseau, madama de Bracciano vió entrar en su gabinete á primera hora á la princesa de Montlaur.

Esta señora no abrigaba la sospecha mas leve del amor que Juana

profesaba á Herman. Segura de la solidez de principios de su sobrina, solo la vituperaba un exceso de com-pasion, del cual la princesa creia no era digno el jòven extranjero.

Sin embargo, hacia algun tiempo que madama de Montlaur notaba una cierta mudanza en el comportamiento habitual de su sobrina; sus accesos de tristeza y de descabellada alegría, sus enagenaciones melancólicas y sobre todo la continua cabriacion que parecia ocuparla enteramente desde la partida del coronel de Surville.

Jamás habia disimulado Raúl la admiracion que Juana le inspiraba; pero siempre se mostró tan respetuoso, tan sinceramente dispuesto á complacerla en todo, que no dudaba la princesa de Montlaur que el coronel estuviese tan enamorado de madama de Bracciano, como resuelto á encerrar su pasion dentro

de los límites de la mas tierna amistad.

La mariscala conocia demasiado á fondo el corazon humano, para que no se le ocurriesen con frecuencia las dificultades y los peligros de la posicion de su sobrina, tan jóven, tan hermosa, tan discreta, y casada con un hombre á quien era imposible tuviese amor.

Ya hemos dicho que Juana, por efecto de la indiscreta confianza que le hicieron, ignorándolo su tia, de que el enlace que la proponian pudiera levantar el cruel destierro en que se hallaban dos de sus ancianos parientes, al paso que devolver á la princesa de Moutlaur los cuantiosos bienes que tenia confiscados, aceptó aquel casamiento con todas veras, y solicitó imperiosamente que se llevára á cabo.

Ignorando la causa secreta de esta determinacion, su familia vió tan solo en este proceder el vivo deseo, bastante comun entre las personas de cor-

ta edad, de casarse y ocupar en el mundo una brillante posición; pues que en fin, á no acceder á este enlace, quedaba Juana pobre en extremo, porque no consentia el Emperador en la devolucion de sus bienes á la familia de Souvry, sino bajo la condicion expresa de que la heredera de ellos tomase por esposo al duque de Bracciano.

Mas tarde supo la princesa de Montlaur la abnegacion generosa con que Juana habia sacrificado su porvenir al bien estar de su familia.

Estremadas fueron su pena y su admiracion; pero ya la desgracia era inevitable; estas circunstancias hacian por lo tanto la posicion de madama de Bracciano doblemente interesante á los ojos de su tia.

Conociendo la nobleza del carácter de Raúl y la eminente virtud de Juana, vió la princesa de Montlaur casi sin recelo alguno desarrollarse en el

alma de Mr. de Surville un amor vivo y puro, el cual creyó la anciana era correspondido de madama de Bracciano.

=Es preciso, pensaba la princesa, conceder á la humanidad lo que es suyo, y no esijir de ella mas de lo que puede dar de si: Juana cumple rigorosamente con sus deberes como esposa honrada; tributa á su marido todos los miramientos que le debe; su conducta para con el es irreprochable. Pero el tal marido no tiene sus gustos ni sus pocos años; y así no puede existir entre ellos simpatia ninguna.... Ah! cuantas jóvenes esposas en el lugar de mi sobrina hubieran sucumbido ya!»

«Y qué importa que su corazón esté tiernamente ocupado? El hombre á quien ella ama es por todos títulos digno del sentimiento de delicadeza que ha sabido inspirarla. Respecto á Juana, ese amor virtuoso y sensible

será su salvaguardia mas segura para ponerla á cubierto de los riesgos que asedian comunmente á una jóven.

No hay duda de que este modo de pensar era algo ageno de la austera y rigida teoria que indicaba el deber; pero los resultados que la princesa tenia un derecho de aguardar de él, podrian asegurar la dicha y tranquilidad de su sobrina.

Advirtiendo que Juana estaba mas enagenada y pensativa que de costumbre desde la partida del coronel, madama Montlaur, conociendo los consue- los que presta una confianza aunque sea indirecta, pasó á la habitacion de su sobrina con el objeto de desterrar sus pensamientos melancólicos, temerosa al mismo tiempo de que Mr. de Bracciano notase la tristeza que consumia á su mujer.

—Buenos dias, hija mia, dijo cariñosamente la princesa, besando en la frente á Juana. Vengo á declarar te guer-

ra á muerte por la dejadéz á que hace dias te encuentro entregada. Voy á decirte un milar de necesidades y á conseguir que te avergüences viendo que una vieja como yo esté mas alegre que tú.

—Pero... querida tia.... si no tengo por qué estar triste!...

—Vamos.... vamos... no sabré yo cuán animados y brillantes se ponen esos hermosos ojos cuando quieren? Se me habrá olvidado la sonrisa pícaruela y encañadora de esa boquita, que pone ahora un mohín tan feo?... Qué os aqueja, señora duquesa? Os causa celos el gran tono que se dan la baronesa Merluchon ó la condesa Bridou?... Es que esas grandes señoras recibieron una preciosa educacion á lo Juan Jacobo, cosa que les costó muy poco, pues que su padre fué el tío de preferencia del caballero Girardino de Ermenoville, en cuya casa se dispensaba á ese pobrete Rousseau una hospitalidad tan delicada como digna de gratitud.

—No por cierto, tia, ninguna envidia tengo de esas señoras, dijo Juana con un suspiro, pues conoció la malignidad de la princesa. Tengo suficiente modestia para no envidiarles cosa alguna.

—Mira, hija mia, esa respuesta no me satisface. Tú tienes alguna desazon, y es preciso que yo penetre el secreto; además que hoy estoy en uno de aquellos ratos de terquedad y de socarronería que tanto miedo causaban al pobre mariscal de Richelieu: Ah! espita, comadre mia, decíame si viéndote de su precioso idioma de los Porcherons que tan familiar se le había hecho desde el tiempo de la regencia: «Vaya una hembra terrible que sois! Ya venis á zumbarme, á desollarme? Qué os he hecho yo?... Siempre he estado en desgracia con las mujeres honradas.»

—Pues bien, tia, dijo riéndose madama de Bracciano; os diré, a imita-

cion de Mr. de Richelieu: Qué os ha hecho mi secreto?... suponiendo siempre que yo posea uno.... además, por qué razon es para vos hoy uno de vuestros dias de terquedad?

= Por qué razo ? por qué? contestó la princesa de Montlaur, olvidando por un momento el asunto que allí la llevaba. . . yo te lo diré: es que la desvergüenza y la groseria me han estomagado siempre, y esta mañana mismo me ha sucedido un lance, capaz de darme un empacho para quince dias.

—Y qué acontecimiento ha sido ese, señora?

—Ayer me dijo mi agente de negocios que seria preciso dar algunos pasos con un tal Mr. Bernard, propietario de los bosques que lindan con los nuestros, á fin de conseguir la contra-venta de unas doscientas aranzadas que nos pertenecieran en otros tiempos. Como yo era la impetrante, mi agente me dijo que me tocaba ir á ha-



cer visita al tal caballero, quien exigia absoluta y obstinadamente avistarse conmigo, pero que le impedian moverse de su casa ciertas ocupaciones de demasiada consecuencia. Tuve que resignarme, pues, á pasar á la oficina de ese Mr. Bernard, juzgando que bien podría yo hacer tamaño sacrificio á trueque de dejarte algun dia tu hermoso bosque de Ancyris, sin la menor merma ni desperfecto.

—Tia! exclamó Juana con acento de triste y cariñosa reconvenccion.

—Y qué quieres, hija! mi ambicion se cifra en eso... dispénsamela..... Me decidi, pues, y héteme puesta en marcha para ir á casa del tal banquero, que segun me informaron, es hombre mi lonario. Llegué, y por primera pesadumbre, halléle establecido en el antiguo palacio de Cerebault, calle de Santo Domingo, donde habia yo vivido luengos años. Las dos alas del edi-

ficio estaban completamente demolidas, y el hacha destructora hacia venir á tierra los magnificos árboles que contaban siglos de existencia en aquel magnifico jardín plantado por Lenotre. Ay de mi, querida niña! no sé por qué nosotras, las personas ancianas, experimentamos siempre una sensacion desagradable al ver echar abajo los árboles viejos..... Será, si quieres, chochez, mas eso me indigna y entristece..... Por fin, atravesé el gran vestibulo desierto y helado; la anchurosa puerta-vidriera, al cerrarse, despertó los ecos de aquella vasta escalera, y la hizo retumbar cual si fuese la nave de una inmensa catedral..... esta fué otra tontería, si te parece; pero aquel ruido penetró en mi corazon; parecióme lúgubre..... nadie habia allí para recibirme; subí al primer piso y vi el rótulo: Caja, escrito en letras de á folio, sobre

la puerta de la antecámara, que daba en otros tiempos á las habitaciones de mi pobre y excelente amiga la duquesa de Clerembault. Entré; unos cuantos manchobos estaban escribiendo dentro de una especie de jaula enrejada de alambre; ninguno de ellos se levantó. Ni tengo genio, ni edad tampoco para sobrecojerme; y sin embargo, á primera vista, la groseria me aterra, y en presencia de cierta genteza me hallo tan fuera de mi centro como lo estaria un vecino de Paris entre los Hotentotes..... Pregunté por Mr. Bernard. Todos aquellos jóvenes me miraron, mas como mi facha de tia Casparra no les pareciese acozadora á mucho acatamiento, se me echaron á reir en mi cara y ésta fué la única respuesta que me dieron, hasta que el rapaz mas pequeño de la gavilla, y listo como un mico, me contesto, señalandome hácia una puerta:

—«Allí en frente, señora; Mr. Bernard está en su bufete;» con esto todas aquellas jóvenes cabezas volvieron á inclinarse sobre sus carpetas respectivas. Te vés á reir, sobrina querida; pero te aseguro que al levantar el pestillo de aquella puerta, cuyas dos hojas abrian de par en par los ugieres de la duquesa de Clerembault cuando en otros tiempos iba yo á entrar, me senti mucho mas cortada que cuando hace unos cincuenta años, poco mas ó menos, en igual época y recien salida del convento, me presenté en el mismo salon para devolver la visita de boda en compañía del Principe de Montlaur.

Entré por fin, y ví á un hombre muy grueso, cubierta la cabeza de un casquete griego; el tal sujeto estaba escribiendo en un bufete. Miróme sin dejar su asiento ni quitarse el gorro, y me preguntó bruscamente qué quería... Si la brutalidad me amilana al

principio... en seguida me hace enardecer la sangre.

—Quiero en primer lugar una silla, señor mio; pues me parece que mis años écsigen algun miramiento.

—Podeis tomar una, y decirme sin demora lo que os trae acá, porque no tengo tiempo que perder, me respondió el bárbaro. Sentéme y le dije:

—Vengo á hablaros sobre la compra de los bosques contiguos á la selva de Ancenis.

—Ah! dijo Mr. Benard, sois la princesa de Montlaur? y al hacerme esta pregunta, levantó con viveza la cara, aunque sin hacerme el mas ligero saludo... pero qué podrán respetar las gentes que nó acatan la vejez?—Pues bien, señora, me alegro infinito de veros por acá: conque solicitais comprar el bosque de San Surin?—Si señor.

Entonces, hija mia, comenzó el dichoso hombre á ensartar una retahíla interminable sobre las ventajas que me

redundarian de la adquisicion de los mencionados bosques. Bien puedes hacerle cargo de las pocas ganancias que yo tendria de entrar en discusion con aquel ente; me contestaba entre tanto con decirle: «está muy bien, señor mio, pero decidme el precio... el precio...» Mas Mr. Bernard no sabia cuando poner fin á sus infinitas observaciones. Estando en esto, se abrió de repente la puerta, y vi entrar á un feísimo cojo, con la cara mas repugnante que darse puede. Dirigióse este al banquero en derechura y le dijo sin otro preudio. — Mis papeles. = Ola! eres tu, Pedro Herbin? (no sé como se me ha quedado en la memoria el tal nombre), dijole Bernard tendiéndole la mano, y las dos alhajas comenzaron á cuchichear como si yo no hubiese estado allí. Recordáronme aquellas dos inmortales caras los ciudadanos de 1793, y herizóseme el cabello. Despues de algunos instantes de conversacion, levantóse el Bernard,

y fué á sacar de una enorme caja de hierro un voluminoso legajo de papeles cerrados con su correspondiente lacre, y entregándolos al horrible cojo, le dijo. = Lo mismo están que cuando me los confiaste ahora tres años. — Hasta mas ver, contestó el cojo, y se fué. — No acierto por qué razon, hija mia, las palabras ahora tres años, al hacer que mis pensamientos retrocedieran á aquella época, trajeron á mi memoria tu casamiento, el cual se celebró hácia aquel tiempo, y el recuerdo de tu sacrificio dió nacimiento en mí á unas ideas tan melancólicas, que se me olvidó dar á aquel insolente banquero la leccion que merecia, y cerré el trato de la compra del bosque al precio que quiso, retirandome en seguida sin que siquiera se levantase de su asiento.

— Vaya una groseria! dijo Juana indignada.

= Ahora me dirá mi burlona sobrina que siempre estoy alabando el antiguo

régimen, dijo sonriéndose la princesa de Montlaur. Pues mira; en otros tiempos.. cuando la mujer de nuestro procurador el maese Dubois venia á pedirnos diésemos limosna para la obra de San Lázaro, jamas dejaba mi marido de acompañarla respetuosamente hasta su coche de alquiler, y permanecia sobre la graderia con la cabeza descubierta hasta que aquel modesto carruaje salia del pátio principal de nuestro palacio.

En aquel instante entró en el gabinete un ayuda de cámara y puso una carta en manos de la duquesa....

Leyóla Juana..... tornóse espantosamente pálida, y antes que su tia pudiera hacerle la pregunta mas leve, se entró precipitadamente en su alcoba, cuya puerta cerró con toda premura.

La princesa de Montlaur permanecia aun abismada en el asombro que le habia causado la súbita desaparicion de su sobrina, cuando Mr. de Bracciano se presentó en el gabinete.



CAPITULO X.

Las cartas.

El pliego que la duquesa acababa de recibir era de Herman:

Leíanse en él los siguientes conceptos:

«Señora:

«Aquí teneis las últimas palabras de un hombre que en vano ha luchado lar-

go tiempo contra su fatal destino; pero ya le faltan las fuerzas, confiesa su debilidad, se resigna, y muere con calma y sin temor.»

«Cuando niño dejé el hogar del virtuoso párroco que me habia educado, sin revelarle el doloroso secreto que abrumaba mi corazon; pero no quiero dejar la vida sin decir os el que ha producido la única dicha que jamás he experimentado.»

«En este instante postrero se borra de mi alma toda su natural timidez.»

«No confesaros la verdad... la verdad toda... me pareceria un crimen.»

«Tal vez mi sinceridad consiga alcanzarme la última gracia que me atrevo á esperar de vos.»

«Desde el momento en que el acaso me condujo á vuestra presencia, os he amado cual ama á Dios el hombre, desde el punto que la Divinidad se le revela.»

«Os he idolatrado con pasion.... si....»

á vos, elevada sobre vuestro resplandeciente trono... os he adorado, puesto de hinojos, con las manos cruzadas y confundido entre la turba.»

«Este amor santo, ignorado, recogido tenia para mi las dulzuras inefables que la religion ofrece á los que oran con fervor y convencimiento.»

«Amé solo por la felicidad de amar, así como se cree únicamente por la dicha de creer, sin ninguna esperanza, loca ni impia.»

«En el instante de presentarme ante Dios, no me atrevo á idear corporaciones sacrílegas.»

«En su piedad, en sus infinitas bondades, elige el Ser Supremo las almas mas nobles entre las mas nobles, las mas puras entre las mas puras; encargándoles la angélica mision de consolar á los que padecen y á los que imploran.»

«Oh! no me he equivocado, no; siempre he visto en vos el santo arcangel, que, señalándome el cielo, me decia: =Pron-

to se acabarán todos tus males.»

«Dios me ha bendecido... en vez de abandonar la vida con pesares y dolores... la dejo con éxtasis indecible!

«Purificado estoy por medio de los pensamientos que he espresado, de la santa adoracion con la cual os venero.... que siempre os tributé... á vos, símbolo viviente de la grandeza y remuneracion divina.»

«Paréceme que una inteligencia etérea me arrebató hácia regiones desconocidas... A medida que voy escribiendo estos renglones, de los cuales cada palabra es un paso que á la eternidad me aproxima, disipanse ostensiblemente las nubes que ofuscaban mi espíritu... Ahora mismo... al comenzar mi epístola, todavía algunos vinculos, aunque débiles, me ligaban á las cosas de aqui abajo. En la actualidad estos vinculos se han roto, y me encuentro en un punto medio que ya no es la tierra... aunque no puedo llamarlo cielo todavía... veo á mis pies... la vi-

da... la humanidad y sus pasiones, vagas, confusas y pequeñas. Así cuando uno se eleva en los aires... las estensas ciudades, los lagos... las selvas... las montañas se confunden en manchas oscuras... apenas visibles en la inmensidad.»

«Mi espíritu se remonta hacia Dios... vuestra voz me llama... divisó la aurora de la eternidad... mis ojos se cierran... estoy deslumbrado.»

«Salgo de un desmayo profundo.»

«Acabo de preguntarme si en realidad existía... He mirado alrededor, y palpándome la frente que me abrasaba... He vuelto á leer el principio de esta carta.»

«De todo me acuerdo.»

«Efectivamente he experimentado una sensación extraña... profunda... indefinible... Todo mi ser está palpitando todavía.»

«Figúraseme que ha sido un golpe de luz formidable... al cual ha sucedido una noche de espesísimas tinieblas... sí; una noche pesada y bochornosa que me opri-

ma. :
 «El espíritu del hombre es muy original.»

«Su fantasía le hace descender del cielo á la tierra... Poco ha parecíame estar viendo las perspectivas inconmesurables de la eternidad... en el espacio infinito del porvenir.... Ahora me solaza deleitoso el mas leve pensamiento que me recuerda las realidades mas pequeñas de este mundo.... realidades encantadoras, que vuestra presencia hará mas bellas de lo que en si son, asi como los resplandores del astro del dia embellece en un paisaje maravilloso ya por su propia naturaleza.»

«No sabeis cuán hechiceros han sido los ensueños que me han conducido al término á que llego.»

«Ignorais que habeis hecho la vida un imposible para mi... con las ilusiones de oro puro que vuestro pensamiento evocaba en mi espíritu.»

«Jamás conoceréis ay de mí! el paraíso en que vivía yo al lado vuestro.»

«Abrigo una especie de presentimiento que me hace vislumbrar, que de nuevo se me aparecerán estas visiones cuando vaya á dormir el eterno sueño.»

«Siempre he creído que Dios en su bondad permitia á los que queria recompensar, que soñasen los placeres de su vida por toda la eternidad»....

«El sueño de oro, que constituyó las delicias de mi vida, era un retiro oculto como el nido de una ave, en medio de estensos bosques, de aguas cristalinas, de hondas soledades; abismábame en dilatadas ilusiones acerca de aquellos lagos que plateaba la luna, y sobre el seno de los cuales, vos y yo nos deslizábamos en un frágil esquife, como dos sombras bienaventuradas.»

«Solazábame tambien con la imágen de las dulces y risueñas pláticas de las veladas de invierno, cuando la llama del sarmiento chispeaba alegremente en el átrio, y muge la ráfaga por la parte de afuera.»

«Decid... decid... puede la vida ser posible en adelante, cuando uno ha osado elevar sus pensamientos hasta semejantes encantos?...»

«Perdonadme, ya estoy mas tranquilo, he orado.»

«Ya no siento amargura ninguna en el corazon... ninguna duda... ningun recelo... Dios aprueba mis acciones.»

«No ~~at~~entaré contra mi vida... sin embargo, mañana á estas horas habré dejado de existir.»

«Comprendí vuestras últimas palabras, luego que os conté los padecimientos de la infancia mia...»

«Juana!... vos me amais! si... me amais... Tengo un instinto de ello, desde hace dos dias, por las aspiraciones que me exaltan sobre la humanidad.»

«Sosegaos, Juana... voy á morir, si, á morir en holocausto de aquel amor que vuestra boca nunca ha confesado, ni vuestros ojos vendido... y cuyo conocimiento sin embargo, debo á una revelacion de Dios mismo...»

«Se dice que ciertas almas escogidas... tienen aviso del instante en que han de morir, por una música armoniosa, invisible y sobrenatural... que las embriaga en éxtasis indefinido.»

«Así me sucede á mí, hechicera Juana.

«Los radientes goces que, hace dos días, se despiertan en mi alma, me previenen que ha llegado mi hora.»

«La dicha que siento, engrandece á tal punto mi corazón, que el aire respirable me faltaba aquí abajo.»

«Y por qué he de vivir yo ahora?»

«Vuestro generoso corazón vuestra alma noble y delicada, comprenderán las causas que hacen para mí la muerte tan dulce, y las cuales en adelante tornarían tan amarga mi existencia.»

«Y después de carta semejante... ¿me atreveré jamás á presentarme ante vos?»

«A dios.. y para siempre.. A dios!»

«Una sola y postrera gracia,»...

«La cruz que os envío ha pertenecido á mi madre.. Es la prenda que tengo mas

cara en este mundo.. besadla piadosamente..... Os ruego que mañana, al despuntar el dia, me la devolvais. Mis helados lábios se la llegarán por la vez postrera.. Luego tornará á vuestro poder, y guardadla como una memoria de Herman...»

«Rogad á Dios por él»

El místico jiro de esta carta debia hacer una profunda impresion en madama de Bracciano, y determinarla á abrazar la grave resolucion que ya habia acogido aun cuando de antemano no hubiese estado resuelta á ponerla por obra.

En vez de precipitarla en doloroso anonadamiento, esta carta, que la revelaba un amor tan ecsaltado, tan religioso, causó á la jóven duquesa las emociones mas entusiastas.

Con una triunfante mirada midió la enorme distancia que en virtud de una sola palabra estaba en su poder hacer atravesar á aquella alma sumergida en tan desesperada felicidad.

Sus propias susceptibilidades eran harto delicadas para no comprender el sentimiento que dictaba la determinacion de Herman.

Cuán orgullosa seria, pues, la dicha con la cual se llegaría á él para ofrecerle su mano, para realizar los ensueños que aquel desgraciado jóven consideraba como irrealizables!

El párrafo que con colores tan halagueños pintaba los goces de una felicidad tranquila y pura, en el seno de un plácido retiro, habia entusiasmado á madama de Bracciano, que detestaba la pompa, y la vida brillante y tumultuosa á que estaba condenada.

Los sentimientos que habian dictado aquella carta, debian producir en Juana un poderoso efecto.

El desventurado jóven se resignaba á morir con tanta dulzura! Luego tambien, hacia paró sus propios ojos tan hermosa la muerte adornándola con sus recuerdos mas caros! Contenian sus frases, aunque

inconexas, tal mezcla de amor y de piedad, de respeto y de pasión reprimida, de inmortal esperanza y de memorias, acerbas, de confianza y de temor, que madama de Bracciano se decidió al punto á tener una entrevista decisiva con su esposo.

Por una de aquellas presunciones inexplicables que á veces frustran los planes que anhelamos mas ardorosamente llevar á cabo, no se le ocurrió, ni una sola vez, el pensamiento de que Herman pudiera morir antes que ella hubiese tomado la determinacion que pudiese salvarle la vida.

Escribióle este billete con toda premura.

«No morireis..... vuestra vida será dichosa..... Habéis dicho la verdad..... destinada estoy á colmaros de todas las felicidades que mereceis. El honor, el deber, me trazan una línea, de la cual no me desviaré jamás..... Dentro de una hora recibireis un recado mio..... Todo

se decidirá... Esperadlo todo... »

Enviada esta carta, reflexionó algunos instantes madama de Bracciano antes de avistarse con su marido.

En su ciega confianza no dudaba un momento la duquesa de que este no solamente accederia de buena gana al divorcio, sino que, viviendo con ella bajo el pie de la mayor etiqueta y frialdad, haria poquísimo caso de semejante separacion.. así calculaba Juana.

Sabia ella que el duque era en extremo interesado; determinó, pues, allanar anticipadamente todo estorbo, cediéndole todo su caudal, y reservándose únicamente la renta mas módica de él, que bastaria siempre para mantenerse con Herman en algun oscuro y dulce retiro.

Como su carácter era tan noble como leal, ocurriòsele por un momento hacer á su marido una franca confesion de todo, y decirle que queria casarse con Herman Forster; pero consideróluego que si Mr. de Bracciano se resentía de aquella se-

paracion, el pobre Herman, extranjero, proscrito y sin apoyo, podria tal vez ser el blanco de su cólera. Por esta razon se decidió la duquesa á no pronunciar su nombre para nada.

Y por qué, en el momento de tomar una resolucion tan importante, no consultaba Juana á la princesa de Montlaur?

Porque sin duda habia notado la antipatia que la princesa manifestaba respecto á Herman, y conocia sus ideas indestructibles sobre los divorcios, que la buena anciana consideraba como monstruosidades.

Y como fué que Juana no examinó por un instante la cuestion de si seria tan fácil obtener el consentimiento de su marido?... La respuesta es muy sencilla: á fuerza de acariciar en la soledad y en el silencio una idea que nos place, tomamos por razon en pró de ella nuestro propio deseo; nos olvidamos poco á poco de los obstáculos que pueden echar por tierra nuestro proyecto favorito, y tene-

mos la ausencia de los contradictores, cuyo sufragio no hemos interrogado: por una carencia de contradicciones naturales.

Habiendo preguntado madama de Bracciano si su esposo estaba en su aposento, le contestaron que le hablarían en el gabinete con la princesa de Montlaur.

Juana volvió á entrar en él.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

